

Revista Le.Tra.S.

Revista Literaria de la Universidad Ana G. Méndez Bayamón

Volumen 5 Núm. 2

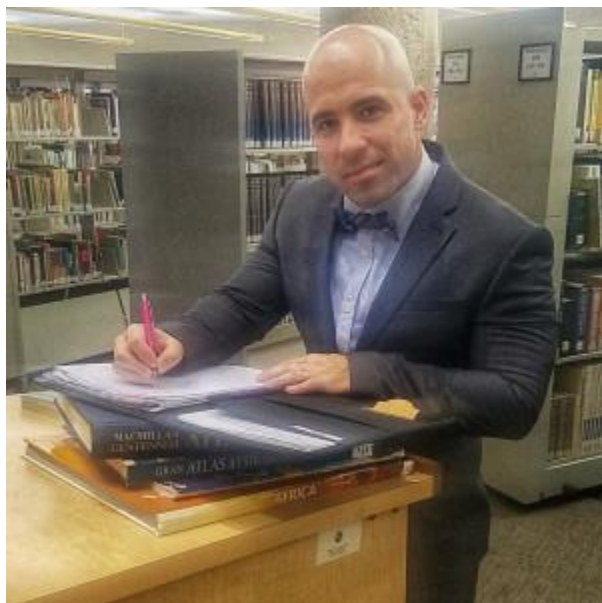


Agosto a diciembre 2018

Contenido

Editorial.....	3
En esta edición.....	5
Artículos	
Un acercamiento a la caracterización del negro en la narrativa puertorriqueña	
Por la Dra. Marta I. Jiménez Alicea.....	10
La otra cara de la historia (no contada): algunos apuntes y desapuntes de la negritud boricua	
Por el Dr. Iván Segarra Báez.....	23
La monstruosidad y lo fenomenológico en la literatura universal	
Por la Dra. Beatriz M. Santiago-Ibarra.....	26
Colaboraciones	
Melancolía filosófica	
Por Iris Bravo.....	40
El cabello de medusa	
Por Maite Ramos Ortiz.....	44
Retrotrae luego el eco y Ninguna justicia es más justa	
Por Pedro López Fernández	46
La epidemia	
Por Miguel Ángel Acquesta.....	50
Sueños y Septiembre	
Por Consuelo Mar-Justiniano.....	56
Permíteme	
Por Anyolina Guzmán.....	61
Cazador de vampiros	
Por Juan Pablo Goñi Capurro.....	66
La bicicleta del milenio	
Por Daniel Canals Flores.....	72
La victoria de teresa	
Por la Dra. Leticia Pimentel Ríos.....	77
Letras Inéditas	
Aura: un breve recorrido por la simbología animal	
Por Julissa Ayala Quiñones.....	85
Terrores nocturnos	
Por Rubén Ruz Anton.....	90

Editorial



La décima edición de la Revista Literaria *Le.Tra.S.* despliega una muestra variada de obras literarias de colaboradores latinoamericanos. Presentamos diversas obras que sazonan la cultura y la raza caribeña, los eventos cotidianos, los tabúes, lo fantástico, el amor y el desamor, entre otros temas.

Iván Segarra Báez y Marta I. Jiménez Alicea plasman representaciones muy sugestivas y, hasta cierto punto, anti dogmáticas, del rol y la influencia de nuestro mestizaje de razas en el quehacer literario caribeño. Segarra nos presenta un escrito muy estructurado y revelador de la evolución del hombre negro en el Caribe y Puerto Rico, y ratifica la importancia de la raza negra en la cultura nacional y la literatura. Jiménez, por su parte, creó un excelente marco de tiempo de estas aportaciones literarias; desde la contundente y poética oferta de Luis Palés Matos en el *Tuntún de pasa y grifería* (1937), hasta “Maldito amor”, de Rosario Ferré (1986).

Los preceptos y lo fantástico quedan perfectamente representados en los cuentos “La bicicleta del milenio” y “Cazador de vampiros”; igualmente en el poema “La victoria de Teresa”. Daniel Canals Flores presenta en “La bicicleta del milenio” un relato a través del viaje mental más extraordinario de su vida. Tras ingerir dos sedantes impregnados con LSD, el narrador nos muestra lugares recónditos con descripciones tan detalladas que nos permiten percibir cada detalle de la historia. Por otro lado, Juan Pablo Goñi, presenta la intensa historia de Martiniano, un hombre de 40 años, sin ganas de madurar, que, tras la insistencia de sus padres, toma un curso y se convierte en el “Cazador de vampiros”.

En el poema “La victoria de Teresa”, Leticia Pimentel muestra una poesía que describe las batallas y victorias en el mundo espiritual. El amor y el desamor nos seducen desde las

poéticas de Anyolina Guzmán en el poema “Permíteme” y “¿Se te olvidó?”, así también en el de Iris Bravo, en el poema “Melancolía filosófica”.

Por último, la novena edición de *Le.Tra.S.*, presenta el 2do Festival de los monstruos literarios. Se trata de una excelente integración cultural, literaria y artística que estuvo a cargo de estudiantes, profesores y escritores invitados.

Gestar la nota editorial de nuestra revista nunca es una tarea que pueda subestimar. Cada edición de la revista me distrae de cualquier ámbito cómodo y me embarca en un viaje a polos opuestos. ¡Disfruten esta edición tanto como lo he hecho yo!

En esta edición



LA OTRA CARA DE LA HISTORIA (NO CONTADA): ALGUNOS APUNTES Y DESAPUNTES DE LA NEGRITUD BORICUA Por el Dr. Iván Segarra-Báez

Mucho se ha afirmado sobre el tema de la esclavitud. Pero poco se ha dicho sobre la gran labor que la esclavitud ha aportado a la cuenca del mar Caribe; de igual forma,

sobre cómo los hombres y las mujeres negras son los grandes gestores de un pasado remoto. Cuando se estudia, en torno a la procedencia del hombre y de la mujer negra en las Antillas, casi siempre, viene a mi memoria la gran producción de la caña de azúcar entre 1825 a 1860; donde las plantaciones agrícolas y el cultivo de oro blanco eran las principales labores de Cuba, República Dominicana y Puerto Rico, entre las demás islas del archipiélago caribeño.



UN ACERCAMIENTO A LA CARACTERIZACIÓN DEL NEGRO EN LA NARRATIVA PUERTORRIQUEÑA Por la Dra. Marta I. Jiménez Alicea

Puerto Rico es un país caribeño y, como tal, su población está marcada por el mestizaje. Como resultado de esta mezcla de razas, el mulato -desdeñado por unos y admirado por otros- viene a ocupar un rol interesante en nuestras letras. El polémico ideario que asienta Pedreira en el canónico *Insularismo* (1934) propicia en gran medida la contundente y poética respuesta que tres años después ofreció Luis Palés Matos en el *Tuntún de pasa y grifería* (1937).



EL CABELLO DE MEDUSA Por Maite Ramos Ortiz

No era el rostro lo que petrificaba a los hombres;
era el cabello,
esas serpientes irredentas.

–Afro, grifo, pasas–.

Le dijeron que debía domarlas,
estirarlas, tratarlas, plancharlas.
Debía acabarlas

hasta que flotaran al viento.



CAZADOR DE VAMPIROS Por Juan Pablo Goñi Capurro

A Martiniano nunca le interesó madurar, era feliz en su eterna adolescencia. Pero sus padres, envidiosos según él—podridos de bancar un hijo de cuarenta años cuya actividad más intensa era compartir videos en *Whatsapp*, según ellos—, lo obligaron a estudiar.

Analizando las ofertas disponibles, Martiniano escogió un curso para

convertirse en cazador de vampiros, actividad muy provechosa económicamente —si uno era contratado en Hollywood para una mega producción y tenía un nombre como Wesley Snipes o Hugh Jackman.

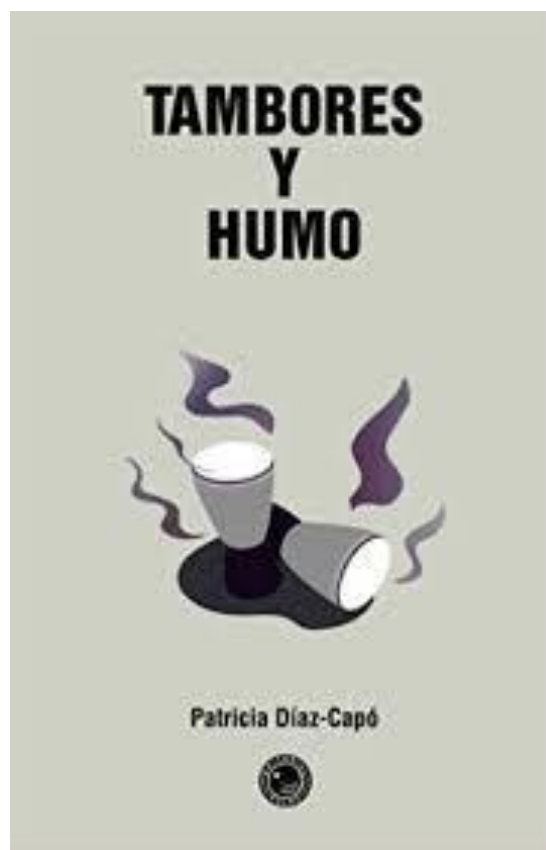


LA MONSTRUOSIDAD Y LO FENOMENOLÓGICO EN LA LITERATURA UNIVERSAL Por la Dra. Beatriz M. Santiago-Ibarra

Hablar del escritor en su grandeza creativa, en su capacidad de regenerar y recrear temas interesantes de la vida misma, es abarcar todo un mundo de fantasía y de fenómenos que de la ficción surgen en su mesa de trabajo y desde su tinta. Si el nivel de ese escritor, es literario, él o ella, edifican, construyen y reconstruyen, después de muchas tachaduras, borrones, garabatos y las famosas “borraduras” y “deconstrucciones” de las que habla el filósofo de la literatura posmoderna, Jacques Derrida (argelino-francés) en sus probadas teorías semiológicas-que es lo que hacemos aquí en la universidad todos los días; estudiar e interpretar el sistema de signos en el lenguaje.

Segundo Festival de Monstruos Literarios

El *2do Festival de los monstruos literarios* se celebró el 30 y 31 de octubre de 2018. El 30 de octubre celebramos la apertura del Festival con la charla: “La monstruosidad y lo fenomenológico en la literatura universal” a cargo de la Dra. Beatriz Santiago Ibarra, escritora y profesora. También disfrutamos del conversatorio: “Escritores: monstruos que comunican”, con la participación de Richard Rivera-Cardona, autor del libro de cuentos *Salto al vacío* y Patricia Díaz Capó, autora del poemario *Tambores y humo*.



El 31 de octubre, estudiantes de los cursos de español de la Dra. Consuelo Martínez Justiniano representaron a distintos monstruos de la literatura, entre ellos: la criatura de Frankenstein, Póstumo el transmigrado, la reina de corazones, Medusa, Medea, la bruja de Hansel y Gretel, etc. Muchos estudiantes del Centro de Bayamón, profesores e invitados de la comunidad, tuvieron la oportunidad de hacer el recorrido por la “Casa de los monstruos literarios” y disfrutar de caracterización que crearon los alumnos de la Dra. Martínez Justiniano.



Artículos

Un acercamiento a la caracterización del negro en la narrativa puertorriqueña

Por la Dra. Marta I. Jiménez Alicea

El exilio en la literatura

Puerto Rico es un país caribeño y, como tal, su población está marcada por el mestizaje. Como resultado de esta mezcla de razas, el mulato -desdeñado por unos y admirado por otros-viene a ocupar un rol interesante en nuestras letras. El polémico ideario que asienta Pedreira en el canónico *Insularismo* (1934) propicia en gran medida la contundente y poética respuesta que tres años después ofreció Luis Palés Matos en el *Tuntún de pasa y grifería* (1937). Así, otros escritos como “El prejuicio racial en Puerto Rico” (1948) de Tomás Blanco -miembro también de la llamada Generación del 30-, *Vejigantes* (1958) y *Sirena* (1959), junto a otros dramas de Francisco Arriví, tratan la posición que se le daba al negro en la sociedad de la Isla. A tono con esta situación, en este breve trabajo estudiaremos la construcción y caracterización de varios personajes de herencia negra en la narrativa nacional.

Desde los inicios de nuestras letras, el negro ha estado presente así que no es de extrañar que en *El Gíbaro* (1849), Alonso incluyera un relato titulado “La negrita y la vaquita”. Con esta breve historia, Alonso pretendía destapar el vicio de la lisonja y la adulación hacia los políticos. No empece a este hecho, resulta interesante el tratamiento dado a la joven esclava negra, quien se animaliza al ser comparada con la imagen del ganado vacuno (“vaquita”). Es uno de los personajes, quien expresa con gran desparpajo, la relación entre ambos: “Mi general, ni la negrita ni la vaquita valen nada; todavía en casa quedan más. Si alguna de ellas se muere o se enferma, avísemelo y en seguida le mandaré otra”. Este desprecio por la negra resulta normal en la época, ya que los esclavos se consideraban artefactos de trabajo. El uso del diminutivo contribuye a que el costumbrismo adquiera un matiz irónico que encierra una crítica velada.



Generalmente, el personaje negro se ubicaba en los estratos inferiores de la sociedad, ya que los blancos y criollos permanecían en espacios privilegiados. José Luis González se asegura de retratar esta desigual social en el célebre cuento “En el fondo del caño hay un negrito” (1950). Desde el título se presenta la marginalidad del personaje central, quien reside literalmente en el caño. El desenlace trágico de Melodía, a través del cual, el niño persigue su reflejo en el agua en busca de compañía, ofrece una denuncia directa de los espacios de extrema pobreza y de negritud; los que se presentaba en la literatura como constructo mimético de nuestra realidad isleña.

La negritud se asocia también con la corrupción moral. Los negros, por ende, ejemplifican males sociales como la prostitución. Este es el caso de Gurdelia Grifitos. Ella es la protagonista del relato “Tiene la noche una raíz” que publicara Luis Rafael Sánchez en su volumen *En cuerpo de camisa* (1966). Gurdelia es la mulata que les vende un placer “devino” a los varones del pueblo, quienes la celebran tanto que hasta Cuco –un niño de diez años- decide ir a pedir sus servicios. Un factor digno de destacar es la descripción que el narrador nos ofrece de esta mujer:

Gurdelia no era hermosa. Una murallita de dientes le combinaba con los ojos saltones y asustados que tenía, imenos mal!, en el sitio en que todos tenemos los ojos. Su nariguda nariz era suma de muchas narices que podían ser suyas o prestadas. Pero lo que redondeaba su encanto de negrita bullanguera era el buen par de metáforas —princesas cautivas de un sostén cuarentaicinco— que encaramaba en el antepecho y que le hacían un suculento antecedente (Sánchez 20).



Esta descripción caricaturesca de la Grifitos funciona en este contexto para establecer de alguna manera un nivel de objetividad. Se trata de una voz narrativa que observa y nos muestra a Gurdelia tal cual es, sin intenciones de aparentar; no se trata de una santa perseguida por la injusticia social. El resultado es que contemplamos matices un tanto antiheroicos que la alejan del estereotipo de la típica víctima:

Gurdelia Grifitos, lengüetera, bembetera, solariega, güíchara registrada, lavá y tendía en tó el pueblo, bocona y puntillosa, como que no encontraba por dónde agarrar el muerto. (...) Gurdelia Grifitos, loba vieja en los menesteres de vender amor [...] Era desenvuelta, cosa que en su caso venía como anillo, argumentosa, pico de oro, en fin, iáguila! [...] En todos sus afanados años se había enredado con viejos solterones, viejos casados, viejos viudos, solteros sin obligación o maridos cornudos o maridos corneando (22).

Por otro lado, al resaltar las bondades de la fisonomía de Gurdelia se reiteran ideas y concepciones sociales ampliamente generalizadas:

La predilección por las mujeres negras y mulatas incide en el estereotipo que prevalece en el imaginario eurocéntrico de estas como ardientes, voluptuosas y relegadas al rol de amantes de turno y objeto sexual del hombre blanco, estereotipo que tiene una larga tradición en las letras latinoamericanas (Martínez, Elena M, “Asedios a la masculinidad hegemónica: a propósito de la obra de Luis Rafael Sánchez”).

Baste recordar brevemente a Tembandumba de la Quimbamba, la “Majestad Negra” de Palés Matos, quien no reprime su sexualidad, sino que la transmite en la cadencia de su baile:

Por la encendida calle antillana
 Va Tembandumba de la Quimbamba
 –Rumba, macumba, candombe, bámbula–
 Entre dos filas de negras caras.
 Ante ella un congo–gongo y maraca–
 ritma una conga bomba que bamba.
 Culipandeando la Reina avanza,
 Y de su inmensa grupa resbalan
 Meneos cachondos que el congo cuaja
 En ríos de azúcar y de melaza.

Prieto trapiche de sensual zafra,
El caderamen, masa con masa,
Exprime ritmos, suda que sangra... (Palés 219)

Si bien Tembandumba es un constructo lírico, se ha convertido en referente de la negra caribeña. Su movimiento desenfadado y provocativo funge como metáfora de un encuentro sexual, cuasi público, que converge con el desenfado de Gurdelia al esperar a sus clientes. Permanecer en el pueblo es el mudo desafío de la Grifitos, a quien el pueblo castiga con vituperios y con un ostracismo total.



Más trágico que el desenlace de Gurdelia, resulta el del protagonista de “¡Jum!”, del mismo volumen de Sánchez. “¡Jum!” nos cuenta la historia del hijo de Trinidad, un negro que gustaba de acicalarse de manera femenina y que termina ahogado a causa de una paliza propinada por la muchedumbre, que censuraba su forma de ser. Desde el título, ya se aprecia el tono acusatorio, pues la expresión onomatopéyica “jum” denota desprecio y contrariedad. Lo inaudito de este caso es que este joven no agredía a nadie; sin embargo,

resulta victimizado por una sociedad de pares que ve su identidad sexual como una afrenta colectiva. Este grupo perpetuaba la imagen estereotipada del negro macho lleno de vigor sexual y, por ende, entendía como imperdonable que este negro pareciera o fuera homosexual. Con la repetición -casi como un rezo- de: “¡Que los negros son muy machos! ¡Y no están con ñeñeños!” (Sánchez 57), se establece el pecado mortal y se propicia el castigo. Asimismo, al hijo de Trinidad le achacaban renegar de su raza: “¡Que el hijo de Trinidad es negro almidonao! [...] ¡Que se iba a fiestar con los blancos, porque era un pelafustán!” (55-56). En estos dos cuentos, los personajes son victimizados; sin embargo, la mirada denunciatoria no cae sobre ellos, sino sobre la intolerante sociedad que los margina por su raza y sus quehaceres.

Por otra parte, Ana Lydia Vega honra la herencia africana en varios de sus relatos; de los cuales, seleccionamos “Otra maldad de Pateco” (Vega 19). En esta historia de corte infantil, basada en el folklore, aparece José Clemente, un joven bicolor criado por la negra Mamá Ochú. La rara condición de este protagonista ocurre cuando Pateco castiga el orgullo y abuso de sus padres, los blancos esclavistas, Montero. En el desenlace del cuento hay dos incendios simultáneos: uno en la casa principal y otro, en el barracón de los esclavos. En consecuencia, José Clemente debe decidir entre salvar a sus padres o a la mulata María Laó, de quien está prendado. Al salvar a la joven empareja su color y queda totalmente negro.

Esta historia, en apariencia simple, arguye una sólida defensa del negro y de la negritud. Como José Clemente, la identidad puertorriqueña se cimenta en el mestizaje y los rasgos negros se deben abrazar, porque nos definen. Rosario Ferré, compañera de generación de Vega, comparte su sentir. Señalada por su defensa de la mujer y por su denuncia del patriarcado, en ocasiones se obvia la relevancia que ofrece a los personajes negros en su narrativa. Ejemplo de esto son Titina y Gloria Camprubí, personajes de la nouvelle “Maldito amor” (1986). De hecho, el conflicto de esta historia surge porque Ubaldino de la Valle -a quien deseaban elevar al procerato- era mulato. Esta historia se articula a través del contrapunto narrativo y a todas las voces se les otorga idéntica relevancia. En otras palabras, el testimonio de Titina, una negra liberta, goza de la misma credibilidad que el testimonio de los miembros de la familia De la Valle, los dueños de la Central. En el desenlace de la historia, es Gloria quien pone orden al quemar la casa.

En “El regalo”, también del volumen Maldito amor se trata de la amistad entre Merceditas Cáceres y Carlota Rodríguez, alumnas ambas del prestigioso colegio Sagrado Corazón. Merceditas era tímida y provenía de una de las familias más acaudaladas y de abolengo de la ciudad mientras que Carlota era la extrovertida mulata hija de un nuevo rico. Carlota es seleccionada para ser la reina del carnaval y posteriormente expulsada del colegio por rebeldía.



Estas amigas son descritas con lúdicos matices diferenciadores que, sin embargo, no favorecen a la mulata. La forma más elemental de demarcar este aspecto se percibe ya en los nombres: el diminutivo Merceditas evoca delicadeza y suavidad, mientras que el aumentativo Carlota, remite a lo contrario. Mientras Merceditas se movía: “con aquel gesto de altanería común a todos los de su clase” (Ferré 86), Carlota tenía gustos vulgares; ella usaba “... perfume barato, pañuelos floreados, anillos y aretes en estuches de terciopelo berrendo” (87). Pese al acercamiento grotesco, el desenlace del relato le ofrece posibilidades de redención a la derrocada reina, ya que Merceditas la defiende y abandona el colegio en aras de la amistad aun a costa de su propio futuro.

Uno de los mensajes de la novela *La casa de la laguna* (1997) también de Ferré, es que el mestizaje es parte inherente de nuestra identidad. Como muestra, Petra, la sirvienta negra de Buenaventura Mendizábal se convierte en el verdadero pilar de la casa familiar y en la persona de confianza de este y de su descendencia. Petra, incluso, emparenta con Buenaventura, ya que Quintín tiene una relación con una de las nietas de aquella y el producto es Willie. Isabel Monfort, la esposa de Buenaventura decide adoptar a Willie y lo cría, dándole el mismo trato que a su hijo Manuel. Es Willie quien demuestra la sensibilidad artística de Isabel; mientras que Manuel se convierte en un ferviente nacionalista que no duda en provocar la muerte de su propio padre.

Esmeralda Márquez, por su parte, era una mujer bellísima a quien Ignacio, el hermano de Quintín pretendía. La joven no era muy bien vista en los círculos sociales porque Ermelinda, su madre, era la amante oficial de un hombre adinerado. Esmeralda era rubia y de ojos verdes, pero Rebeca sospechaba que era una cuarterona y para comprobarlo recurrió a una vergonzosa treta:

Rebeca observó atentamente a doña Ermelinda, y, cuando pasaron cerca de ella, hizo que Buenaventura diera un viraje súbito, sacó la mano derecha y le tumbó a doña Ermelinda el turbante dorado de la cabeza de un golpe de su abanico... El rostro de doña Ermelinda se puso gris. A alguien se le escapó una risita, acompañada por un comentario malévolo. Otra señora apuntó a la sereta de rizos que se le había esponjado a doña Ermelinda sobre la cabeza (Ferré 247).

A raíz de esto, Ignacio acrecentó el amor por Esmeralda y la ira contra sus padres, pero su relación no fructificó, porque Ermelinda nunca perdonó la humillación que sufrió. Con el tiempo, Perla y Coral, las hijas de Esmeralda redimieron a la abuela, ya que Coral se hizo novia de Manuel y lo inspiró en su militancia en el partido independentista. Como vemos, Rosario Ferré incorpora al negro en sus obras desde una perspectiva denunciatoria y solidaria. Si bien mimetiza el rol social que se les ofrecía dentro del patriarcado nativo, no es menos cierto que les ofrece la posibilidad de tomar las riendas de sus destinos al sobreponerse tarde o temprano a los prejuicios. El mestizaje resulta entonces, un camino obvio y lícito.

Por otro lado, Mayra Santos Febres ofrece una narrativa centrada alrededor de la mujer negra en la que retrata la participación y aportación de esta a la sociedad. Desde esta perspectiva “Marina y su olor” (Pez de vidrio, 1993) se convierte en uno de sus cuentos más emblemáticos. Desde el título se anticipa la tónica contestataria y es que la referencia al olor evoca los polémicos versos del “Ten con ten”:

Pasarías ante el mundo
por civil y ciudadana,
si tu axila -flor de sombra-
no difundiera en las plazas
el rugiente cebollín
que sofríen tus entrañas (Palés 228).

Marina París posee la capacidad de despedir olores de acuerdo con sus estados de ánimo y aprende a utilizar esta habilidad para su beneficio y defensa. Muy joven trabajaba de sirvienta en la casa de doña Georgina, cuyo hijo, Hipólito “...se paseaba por el barrio Tumbabrazos buscando mulatitas para hacerles ‘el daño’ (Santos 47)”. Furioso, porque cada vez que intentaba acercarse Marina lo espantaba con un terrible olor, el joven denuncia los amores entre Marina y Eladio. La dueña de la casa llama a Marina “¡Contentita, arrastrada y apestosa!” y esta fragua su venganza:

A paso firme entró al aposento de doña Georgina. Fumigó el cuarto con un aroma a melancolía desesperada... que revolcó por las sábanas y armarios. Iba a matar a aquella vieja de pura frustración... Pero antes de salir por la puerta se le escaparon unas palabras hediondas que a ella misma la sorprendieron. Bajando las escaleras del balcón, se oyó decir con resolución – ¡Para que ahora digan que los negros apestan! – (Santo Febres 50).

Este desenlace corrobora la supremacía de la negra, quien logra librarse de la deshonra del blanco y conserva su sensualidad para su amado. La descripción de Marina abona a la idea de la longevidad y fortaleza corporal de las negras: “Doña Marina París era una mujer repleta de encantos. A los cuarenta y nueve años expiraba todavía esos olores que cuando joven dejaban a los hombres del solar embelesados y buscando como poderle lamer las carnes a ver si sabían a lo que olían” (43). En este relato se reitera la visión sexualizada que el blanco tiene de la negra; sin embargo, esta se trasciende por el peculiar don de Marina.

Como hemos atestiguado, la presencia del personaje negro o afrodescendiente en nuestra narrativa se da desde los inicios de nuestras letras. Así lo notamos en el relato “La negrita y la vaquita”, de Manuel Alonso en el que, como en otros muchos, se presenta al negro como una víctima de la sociedad. Víctima de la pobreza, como Melodía y de la injusticia social, como Gurdelia Grifitos y el hijo de Trinidad, el negro sucumbe ante un mosaico de estereotipos que lo marcan y hasta degradan. Con Gurdelia Grifitos, Luis Rafael Sánchez introduce el uso del humor y la ironía para articular su pedido de igualdad.



Es, sin embargo, con la Generación del setenta, que el negro adquiere mayor relevancia, porque se le otorga la capacidad plena de transformación. Aunque se inserta aún en el sistema patriarcal que lo polariza y achica, Ana Lydia Vega le ofrece la oportunidad de decidir si su actitud va a ser pasiva o activa, tal como hace José Clemente. Rosario Ferré, por su parte, coloca el asunto del mestizaje como pilar temático en historias como *Maldito amor* y *La casa de la laguna*, en las que parece permear la típica pregunta: “Y tu abuela, ¿dónde está?”. Tras las marcas del procerato solo queda claro la ausencia de “limpieza” de sangre y el maridaje con la raza negra. Ambas escritoras rechazan la victimización del negro y recurren a juegos lúdicos y otras estrategias para lograr su parecer.

Finalmente -para efectos de este escrito- Mayra Santos Febres le otorga un protagonismo total al negro o a la negra; asimismo, subvierte todos los paradigmas anteriores. Se trata de un contexto de coexistencia y dinamismo en el que se trascienden los estereotipos como mecanismo de defensa y subsistencia. La negra rige el universo y sus limitaciones las impone ella misma. Santos mantiene el ludismo de generaciones

anteriores y abre una brecha en la que las víctimas no existen, porque no se han permitido claudicar.

Bibliografía

Alonso, Manuel. “La negrita y la vaquita”. Ciudad Seva, ciudadseva.com/texto/la-negrita-y-la-vaquita/ Recuperado 12 oct. 2018.

Ferré, Rosario. *La casa de la laguna*. Estados Unidos: Vintage Español, 1997.

— — — . *Maldito amor*, 2nda ed. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1991.

González, José Luis. “En el fondo del caño hay un negrito.” Ciudad Seva, ciudadseva.com/texto/en-el-fondo-del-cano-hay-un-negrito/ Recuperado 13 oct. 2018.

Latrece Simmons, Chassidy. *Redefining the Image of the Afro-Puerto Rican Woman in Recent Narrative* by Mayra Santos Febres. (2017). Tesis, LSU, 2015. digitalcommons.lsu.edu/gradschool_theses/4531. Recuperado 13 oct. 2018.

Martínez, Elena M. “Asedios a la masculinidad hegemónica: a propósito de la obra de Luis Rafael Sánchez”. *Letras Hispanas*, vol.5, núm.1, 2008, págs.18-19. gato-docs.its.txstate.edu/jcr:694c41f2-5b37-4454-830e-89cdf4ce9ad2/martinez.pdf. Recuperado 20 ene.2015.

Meléndez, Concha, ed. *El arte del cuento en Puerto Rico*. 4ta. Ed. Hato Rey: Editorial Cordillera, 1975.

Palés Matos, Luis. *Poesía (1915-1956)*. 5ta ed. Editado por Federico de Onís. Río Piedras: Ed. Universitaria, 1974.

Peña Jordán, Teresa. “De devenires y transculturaciones: La dialéctica del amo y el esclavo en ‘Otra maldad de Pateco’ de Ana Lydia Vega”.

Academia, http://www.academia.edu/2123956/De_devenires_y_transculturaciones_la_dial%C3%A9ctica_del_amo_y_el_esclavo_en_Otra_maldad_de_Pateco_de_Ana_Lydia_Vega Recuperado el 12 de oct. 2018.

Rivera de Álvarez, Josefina. Literatura puertorriqueña. Su proceso en el tiempo. Madrid: Ediciones Partenón, 1983.

Sánchez, Luis Rafael. En cuerpo de camisa. 5ta ed. Río Piedras: Editorial Cultural, 1990.

Santos Febres, Mayra. Nuestra señora de la noche. Madrid: Espasa Calpe, 2006.

— — — . Pez de vidrio y otros cuentos. 2nda. ed. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1996.

Torres García, Solymar. “Un nuevo erotismo: La recuperación del cuerpo de la mujer negra a través de la parodia en dos cuentos de Mayra Santos-Febres”. *Nomenclatura: aproximaciones a los estudios hispánicos* núm.4, págs. 1-13.

Vega, Ana Lydia. Encancaranublado y otros cuentos de naufragio. 7ma. ed. Río Piedras: Editorial Cultural, 2001.



Sobre la autora

Marta I. Jiménez Alicea posee un Doctorado en Estudios Hispánicos (PH. D. 2007), así como una Maestría (MA. 1999) en la misma área; ambas completadas en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Labora como Catedrática Auxiliar en la Universidad de Puerto Rico en Humacao y en la Universidad del Turabo. Ha publicado en varias revistas como *Cuadrivium*, *Destiempos*, la *Revista de Estudios Literarios*

Latinoamericanos, la *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña* y *El Nuevo Día*.

La otra cara de la historia (no contada): algunos apuntes y desapuntes de la negritud boricua

Por el Dr. Iván Segarra Báez

Mucho se ha afirmado sobre el tema de la esclavitud. Pero poco se ha dicho sobre la gran labor que la esclavitud ha aportado a la cuenca del mar Caribe; de igual forma, sobre cómo los hombres y las mujeres negras son los grandes gestores de un pasado remoto. Cuando se estudia, en torno a la procedencia del hombre y de la mujer negra en las Antillas, casi siempre, viene a mi memoria la gran producción de la caña de azúcar entre 1825 a 1860; donde las plantaciones agrícolas y el cultivo de oro blanco eran las principales labores de Cuba, República Dominicana y Puerto Rico, entre las demás islas del archipiélago caribeño. Es cierto que el conquistador blanco logró traernos el lenguaje y la religión católica a estas tierras y que el indígena tenía una religión politeísta. Asimismo, es de vital importancia el reconocer que el setenta por ciento (70%) de la población en el Caribe, llegó a ser la gran dominadora en la formación racial de las Antillas. Vale destacar que el hombre negro fue un esclavo, obrero, agricultor, forjador de nación y criollización antillana, el cual quedó en cierto sentido desarraigado por los poderes de la colonia y del coloniaje. De igual forma, es menester resaltar que, en la actualidad, todavía existe racismo en los círculos de mayor jerarquía en las sociedades del Caribe en general. Todavía las expresiones del poema de Fortunato Vizcarrondo suelen oírse de vez en cuando y ciertos momentos, como: "Ayé' me dijiste negro [...] ¿Y tu agüela, a' onde ejtá?"[1].

La historia general de Puerto Rico, como la historia del Caribe, en general, tienen fisuras interminables y cuestiones que deben ser reexaminadas desde la actualidad y desde el pasado.



Recientemente, he escrito una novela que lleva por título *El cañaveral* (2018)[2] en la cual trato de unir la historia oficial con la historia que quedó a medias o las versiones no oficiales de los relatos sobre la esclavitud. Un término que siempre me ha cautivado es el de la reconstrucción de un pasado remoto con historias paralelas a las ficciones contadas. Entiendo que el hombre y la mujer negra lograron aportar más de lo que se ha escrito en los libros de historia general y que son la base de los pueblos caribeños y una gran parte de nuestra proyección hacia el futuro. La historia hay que reconstruirla, recontarla, averiguarla, decodificarla y analizarla desde otras corrientes y otras perspectivas más reales; por igualdad sustancial de su relato originario. Si bien es cierto que Cristóbal Colón llegó en 1492 a América, también es cierto que puede existir la duda razonable de que otros conquistadores llegaran a América como el libro *1421: el año en que China descubrió el mundo* de Gavin Menzies (2003)[3] -quien plantea una acalorada discusión sobre la cartografía de Piri Reis en 151-, nos llevan a diferir de la historia general de Puerto Rico y de los escribanos de la época colonial; porque se sabe que el escribano trabajaba para el Rey o Señor capitán y gobernador del Nuevo Mundo. Mediante estos primeros

escritos coloniales, no siempre se defendió la visión y el mundo del hombre negro o del indígena, quien fue también desprovisto de su lugar y cultura nacional.



Cuando analizamos el poderío de España, frente al arco y la flecha del indígena, notamos que los taínos y demás indígenas de América estaban en desventaja; de igual manera, los negros africanos amarrados, encadenados, vendidos y perseguidos en su tierra natal del África, por el comercio desproporcionado de un colonizador sobre un colonizado. Entre esas historias y des- historias queda la duda razonable, sobre si la historia “oficial” no es tan oficial; sino que se escribió lo que el conquistador quiso colocar en aquellos papeles de su tiempo. Tampoco se les brindó al indígena -ni al negro-, la oportunidad de relatar sus versiones, acerca de lo que llamamos “historia oficial”. Desde esta perspectiva, reconstruimos una verdad ambigua y desleal a las historias contadas. Preguntamos: “¿Qué pasó con los hombres y mujeres negros? ¿Qué pasó con su historia y con su verdadera cultura? ¿Y qué aconteció con aquellos hombres y mujeres derrotados en las batallas de los piratas o de los marinos mercantes que cruzaron el Atlántico para abastecerse de oro o para conquistar tierra, pero fueron vendidos y no llegaron nunca a sus países de origen; en cambio, ¿se mezclaron con la población de las islas del Caribe?”. Entonces la historia de Puerto Rico no puede ser de tres razas —indio, español y africano— ; sino una historia convulsa y compleja donde el mestizaje, la esclavitud y la riqueza abonaron a lo que existe y coexiste hoy día por puertorriqueño o caribeño.

Desde esta perspectiva reconstruimos que el hombre negro aportó más a nuestra cultura de lo que los libros dicen y que por ser negro o esclavo se llevó la peor parte de la historia contada, hasta casi rayar en el clandestinaje de la descolonización amarga, en donde se borra o casi se borra; porque era un “hijo no grato” de la historia oficial y donde se empujó al colonialismo avasallante de la metrópolis española o norteamericana. Sin embargo, alguna buena parte de su historia se recoge en los diversos tratados de la época para cuestionar la versión contada u omitida por el hombre blanco de aquella época lejana.



Si se mira el derrotero de nuestra historia nacional se podría ver que está montada desde diversas sucesiones históricas, como por ejemplo: conquista y colonización de Juan Ponce de León en 1493, los ataques a la isla de San Juan Bautista por los marinos mercantes como Sir George Clifford, Sir Drake, entre otros; la quema de la Biblioteca de Fray Bernardo de Balbuena en 1625, los ingenios, las haciendas, la plantación azucarera, la Central Aguirre, el ataque holandés, el francés, el contrabando, la piratería, la Real Factoría de San Pablo de Loanda 1576, los cabildos, los hatos y de más situaciones que no se cuentan o que simplemente pasaron inadvertidas ante los ojos de los conquistadores y los conquistados.

En conclusión, se sostiene que el hombre negro no tan solo aportó a la cultura nacional, sino que la levantó y cargó cuando nadie más lo hacía; por lo cual, desde esta visión, es uno de los héroes nacionales del que menos se ha trabajado en nuestra historia. No empecé a ello, es parte de la cabeza emblemática del Caribe. En fin, a manera

de preámbulo, lanzamos desde este espacio el primer capítulo de la novela *El cañaveral* (2018):

I

La costa

La costa es uniformemente plana. La vegetación es asombrosa. Después de la primera hilera de dunas marinas aparecían las otras. Luego el pequeño valle fronterizo con algunos yerbajos que se aproximaban a las primeras montañas sin importancia. Más adelante, era lo interesante comenzaban a surgir las montañas con los diversos frutos menores. Algunos caídos fermentando el suelo. Otros —de alturas más elevadas— permitían el disfrute de las avcillas del paraíso y la vegetación de la isla se observaba más impresionante e imponente.

Esta es la historia de tres generaciones de mi familia. Desde la llegada de mi abuelo para aquellos años de 1520 a estas tierras hasta los accidentados sucesos de mi vida en 1739 con el ataque a la oreja de Jenkins. Muchas veces las historias se contraponen o se trasponen dependiendo de quién la cuenta y de cómo se cuenta. Ninguna historia es cierta. Solo la mía. Porque la mía es la verdadera y no la de los otros. A mí, me toca contar la verdad... Solo la verdad, contaré de esta historia.

Ya habían pasado algunos siglos desde que un intrépido navegante, Cristóbal Colón, había llegado por estas tierras conquistándolas, colonizándolas y reclamándolas bajo un imperio español desconocido por los aborígenes. La rebelión de 1511 había quedado atrás con todo intento de escapatoria. Ahora, las tres razas se reunían bajo el látigo, la caña y la obediencia reinante. El indio había muerto ya. Sólo quedaban algunos vestigios suyos en las rocas, en las piedras del interior de la isla y en los rostros de los criollos arrejuntados con los españoles dominadores y los negros africanos que trabajaban, de sol a sol, en el cañaveral, después de las montañas.

Mi padre lo dominaba todo. Absolutamente todo. Él era como un dios en su oráculo, como un Zeus omnisciente, omnipotente y omnipresente. Nada se movía sin su mirada agónica y mandataria. Los hombres estaban hechos para servir. Las bestias para cargar sus caprichos más efímeros y casi feudales en aquellas tierras. El cañaveral le pertenecía como una extensión de su mano poderosa. Él era la ley y el orden. Él era el que más sabía y yo, bajo su yugo, como un esclavo cualquiera entre tantos hombres.

Los negros —el otro día— salieron del cañaveral; descamisados, azotados, marcados por el látigo y el hambre. Entonces fue cuando los vi, semidesnudos, con aquellas espaldas que brillaban bajo el sol del mediodía. Unos más formados —más equipados en su parte delantera—, otros menos, otros en proceso y, los últimos —típicamente débiles—, como una hoja de papel cuando se quema y solo quedan las cenizas. Ellos cantaban una extraña canción, desconocida por desconocida. Un canto agónico, una letanía o melodía que yo no había conocido en mi vida. Me había quedado impresionado con aquellos hombres y con aquel cántico. Papá me había echado hacia adelante para que los viera, porque todos ellos serían mis esclavos y me lo dijo:

—Raúl, todos ellos te pertenecen en esta hacienda.

—Todos ellos —, le dije yo, con la inocencia de un niño, sin saber que serían mi tormento y mi pasión.

No siempre en las islas se cumple la voluntad de los amos. Algunas veces, la voluntad nace desde adentro y aprisiona a su amo. El hombre es un enredo por naturaleza humana de altos vuelos. La razón enferma al corazón y los proyectos —algunas veces—, no se cumplen como uno espera, sino que la vida misma se encarga de boicotearlos a su manera y antojo.



El cañaveral para aquellos días era un manajo de dátiles frutales en ebullición embrionaria. La paz duraría poco tiempo. Las cañas se mercadeaban hacia todos sus destinos sin problema —Norte, Sur, Este y Oeste—, como una hortaliza bien cuidada por el puño fuerte de mi padre. A cada salida de aquellas cuadrillas de negros, otras entraban a sustituirlas. La caña era nuestro tesoro nacional en la hacienda azucarera.

Ingenio y trapiche —primero de mi abuelo— que por mandato había recibido mi padre de su antepasado. Luego me tocaría a mí. Pero mis ojos no estaban puestos en la hacienda que mi padre había levantado con mi abuelo, sino en aquellos cuerpos de hombres semidesnudos y oscuros que observaba —por primera vez— antes del desastre. Pues como bien se dice que “después de la tormenta siempre llega la calma”. Aquí pasaba

lo contrario. Estábamos en tiempos de calma. Luego yo —provocaría la tormenta— y las cosas cambiarían de lugar y nunca se volvería a recobrar el pasado. Porque el pasado nunca vuelve a ser el mismo, después que los hechos se han alterado por completo. Jamás la gota de agua cae dos veces sobre la misma piedra, y cuando cae, siempre hace un hoyo más profundo.

[1] Vizcarrondo, Fortunato. "¿Y tu agüela a'onde ejtá?", *Dinga y mandiga*. Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, Puerto Rico, 1983: 77-78. Impreso.

[2] Menzies, Gavin *1421: el año en que China descubrió el mundo*, traducción de Francisco J. Ramos Mena, Barcelona, Editorial De Bolsillo, 2003, 603 pp. ilustraciones. Impreso.

[3] Segarra-Báez, Iván. *El cañaveral*. Kindle Direct Publishing, Amazon.com On demand print, 2018. Impreso.



Sobre el autor

Iván Segarra Báez ha publicado los poemarios: *Candela* (1997), *Entre tu cuerpo y mi alma* (2000), *Hay veces que llorar el mar* (2001), *El huerto de los salmos* (2003), *Ante la luz de un amor prohibido* (2005), *El libro de la Yoruba* (2016) y *Los hijos del desastre* (2017). Algunos de sus poemas han sido traducidos al griego en la *Antología de la política*

homoerótica. Además, ha publicado las novelas: *El guardián de la lujuria* (2002), *La república del generalísimo* (2004) y *Puerto esperanza* (2012), entre otros.

La monstruosidad y lo fenomenológico en la literatura universal

Por la Dra. Beatriz M. Santiago-Ibarra

Hablar del escritor en su grandeza creativa, en su capacidad de regenerar y recrear temas interesantes de la vida misma, es abarcar todo un mundo de fantasía y de fenómenos que de la ficción surgen en su mesa de trabajo y desde su tinta. Si el nivel de ese escritor, es literario, él o ella, edifican, construyen y reconstruyen, después de muchas tachaduras, borrones, garabatos y las famosas “borraduras” y “deconstrucciones” de las que habla el filósofo de la literatura posmoderna, Jacques Derrida (argelino-francés) en sus probadas teorías semiológicas-que es lo que hacemos aquí en la universidad todos los días; estudiar e interpretar el sistema de signos en el lenguaje.



Entonces, es hablar de destruir viejos moldes, pautas antiguas y leyes que han caído en desuso. Es lo que han hecho en su momento escritores como Horacio, Sófocles; en la antigua Grecia, al crear sus monstruos de la literatura, un Polifemo, un Prometeo, un Minotauro, una Sílides, un Fauno y tantos otros seres fabulosos. Luego lo recrearan con otros estilos y modos en sus diferentes épocas, Mary Shelley (Inglaterra) y su Frankenstein (alusivo al Prometeo encadenado) un Jorobado de París de la novela de Víctor Hugo (Francia), *Nuestra Señora de París*; el libreto para cine, *El laberinto del fauno* de Guillermo del Toro, la Serie, *Suite del Minotauro* (Dibujo y grabado a plumilla) de Pablo Picasso (en lenguaje plástico-hermanado con el lenguaje literario) y rasgan todos esos moldes y todas esas leyes: Franz Kafka (Checoslovaquia) y su personaje de Gregorio Samsa en la novela *La metamorfosis*: Samsa, se convierte en una gran cucaracha (de tamaño humano) cuando decide no ser parte de la realidad aplastante que conlleva la rutina diaria. Así, María Luisa Bombal (Chile) con su magistral personaje de una mujer, Ana María, en la novela *La amortajada*, que se encuentra muerta en su ataúd; desde allí mira a la gente de su velatorio y comienza a recordar la historia con cada uno de ellos, cuando llega la noche y no hay nadie; ella abre los ojos y siente que puede levantarse pero quiere seguir muerta. El niño con cola de cerdo que nace de los Buendía en la novela *Cien años de soledad* del colombiano, Gabriel García Márquez y la gama de personajes fenoménicos de esa novela. De Chile, Isabel Allende, confronta a los lectores con todo espíritu que ve su personaje, una médium, Clara Clarividente.



El monstruo, en calidad de personaje, no tiene que ser un centauro bélico y aberrante, bueno o amable, lo monstruoso en una novela, cuento, poema, fábula, o cualquier género literario, puede ser todo un pueblo, como lo es Comala en la novela *Pedro Páramo* del mexicano, Juan Rulfo o Macondo en *Cien años de soledad*. En el primero es el infierno parecido al de Dante en *La divina comedia*. En el segundo, el pueblo de Macondo, es el propio planeta Tierra (purgatorio, infierno, y cielo).

Tal cual, lo fenomenológico en memoria y entramado de matrices sociales infectadas de terrorismo... ¡Qué mayor monstruo! Que las Crónicas de Al-Kaeda o las Memorias de periodistas y poetas escribiendo en este momento de la casi desaparición recientemente de un pueblo completo, Siria, representado por el antiguo teatro de Palmira (patrimonio de la humanidad) y otros edificios antiquísimos (tesoros) borrados de la faz de la tierra por ISIS; es decir los Yihadistas.



Tal cual le sucedió a Puerto Rico con un fenómeno atmosférico, el huracán María, en el 2017. La isla quedó en ruinas y ahí se encuentran los escritores para- a través de su ficción rescatar al Monstruo vivo que casi borra la isla del mapa. El viento, el gran protagonista y el agua la coprotagonista; ambos elementos de vida se convirtieron en fenómenos de muerte. Cuando sucedió, la gente misma utilizaba esta gran metáfora en su prosodia: “lo más impresionante es que el viento rugía con un sonido tan fuerte como un animal rabioso” El escritor, Iván Segarra Báez escribió un libro de poesía titulado *Los hijos del*

desastre, de la ruina, no solo de Puerto Rico, sino también de la ruina socio-política-económica de Haití, de República Dominicana, y de Cuba.

En *Los miserables* de Víctor Hugo, la miseria es la inhumana y monstruosa pobreza que muerde día a día el estómago de la Francia y la Europa del Siglo XIX. Jean Valjean-un ex presidiario cambia su vida cuando sale de la cárcel para ayudar a los pobres.

Más, en todo arte de escribir ser “malo” no significa para un escritor y un personaje (todos los mencionados aquí) adoptar el mal como bandera. También, la risa y el entretenimiento son parte de estos. El fenómeno o monstruo va a inferir directamente en la conciencia del lector, así en la conciencia colectiva. En la literatura infantil y juvenil (terreno álgido) en el cual autor y personaje deben ceñirse al nivel educativo de la edad de los receptores. La escritora británica, J.K. Rawlings (literatura infantil) y sus personajes de brujos y monstruos en la Saga de siete

volúmenes tituladas *Harry Potter* (en las que nos introduce a un niño brujo y su cofradía). Se ha convertido en la historia de la literatura juvenil, la más vendida y vista de todos los tiempos. Repleta de fenómenos y seres fantásticos, ha sido catalizadora de todo el concepto de monstruosidad-fenomenología y fantasía. Un coctel literario como lo fue el Boom latinoamericano. Unificó el llanto con la risa, el sufrimiento con la felicidad, el malestar con el bienestar.



Los monstruos de la literatura, son, además de un Minotauro-de cuernos y exigencias eróticas, son la vida misma: la tormenta para que después llegue la calma con sus beneficios; la guerra para que llegue la paz y el florecimiento; el sexo en su erotismo para que luego aflore la ternura.



Sobre la autora

Beatriz Mayte Santiago-Ibarra es escritora y crítica de arte. Obtuvo el bachillerato y maestría en Literatura Comparada de la Universidad de Puerto Rico, la Maestría en Artes y Literatura del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe y un Doctorado en Filosofía y Letras de dicho Centro en pacto académico con Universidad de Valladolid, España. Se desempeñó en calidad de Especialista en Asuntos Culturales y Coordinadora Editorial de la Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña. Es miembro del Pen Club de Puerto Rico y de la Asociación de Críticos de Arte, ratificado su nombramiento en París, Francia. Algunos de sus libros son: *Siembra para no decir adiós*, *Versos de anafre a mi abuela*, *En el silencio de las desgarraduras*, *Trásfuga de mi existencia*, *El asesinato de Casandra Ramírez*, *El último centauro* y *Cuentos para no atreverse a contar, pero los cuento*.

Colaboraciones

Melancolía filosófica

Por Iris Bravo

Tomo la pluma para enaltecerte
y absorta tuve que inclinar la cabeza.

Inepta amiga, palabras de dulzura,
puñaladas por detrás.

En algún banco gastado de tantos sentares
te regocijaba mi semblante,
momificado ante tu trampa para aniquilarme.

Otras veces tirada en el suelo
como borracho encorvado,
deshidratado de sufrimiento
en pensamientos estancados
en el ayer ahogados en soledad.

Testigos muchos, de transeúntes calificados
víctimas de tu maldad.



Así me contemplaste como otras muchas veces,
con los ojos abiertos de la noche
y las ojeras del día.

Mientras tanto mi semblante se entristecía
y mi caminar se detenía ante pasos lentos.

Cadencia dolida que otros notaban
y yo engañada ausente,
cautiva de mi pasado pesado
en mi presente no pensado.

Eres cual amapola que atrapa al picaflor
tras su belleza en un néctar que envenena.

Eres goce de avalancha que me enterraba
y congelaba mis sueños avanzados esperanzados.

Eres como el buitre que acecha

Tras tortura cruel que amenaza vida.
No soy carroña pestilente de muerte que avistas.
Ensimismada ante tu ondulante volar
me complacía tu verdad de mentira disfrazada.
No viste mi mirada que cautivaba
y mis pasos retrocedían,
observando tu alzada que se escondía
acercándome al abismo de mi ser.
Te burlabas de mi caminar que embelesaba
ante mi pasar tan segura
que se detuvo ante la locura.
Estaba sedienta en busca de un oasis
desierto alucinado,
inventado en mi aturdida mente
ausente de mi presente.
Te equivocaste conmigo,
me mostrabas la otra cara de la moneda
que lanzada a cara o cruz
el aire y la gravedad apostaron a mi suerte.
Fuera de mi vida melancolía filosófica,
en mis muertes estas.
Ahora soy ese buitre que te persigue
con alas una vez quebrantadas
en ahora más fuertes.
Estoy en alzada
soy dueña de mi voluntad.

Fluye la tinta que salpica
ante la realidad que tú escondías.



Sobre la autora

Iris Bravo nació en New York en el 1968. Obtuvo un bachillerato en Ciencias Naturales en La Universidad de Puerto Rico, recinto de Río Piedras. Es química de profesión y como poeta se ha ido entrenando a través de talleres literarios de poesía vinculatoria con la escritora Mayra Santos Febres. Actualmente trabaja en su primer poemario. Entre sus

otras pasiones está la pintura y el atletismo.

El cabello de medusa

Por Maite Ramos Ortiz



No era el rostro lo que petrificaba a los hombres;
era el cabello,
esas serpientes irredentas.

–Afro, grifo, pasas–.

Le dijeron que debía domarlas,
estirarlas, tratarlas, plancharlas.

Debía acabarlas
hasta que flotaran al viento.

Entonces:

se vería bonita,
estaría presentable
la tomarían en serio.

Pero Medusa no escuchó.
Dejó sus serpientes tranquilas,
indómitas al viento.
–Afro, grifo, pasas–.

Los hombres se horrorizaron.
No podían entender
a una mujer que no obedeciera,
que exhibiera orgullosa sus serpientes.
–Afro, grifo, pasas–.

Era una afrenta, una confusión.
Y como no sabían reaccionar cuando la veían,
se convertían en piedra.



Sobre la autora

Maite Ramos Ortiz es bloguera, estudiosa de la literatura, escritora y profesora universitaria. Estudió en la Universidad de Puerto Rico, recinto de Río Piedras, en donde obtuvo todos los títulos posibles en su área de estudio. Administra el blog <http://elucubrando.com>. Ha publicado artículos en revistas especializadas y presentado ponencias en congresos y encuentros académicos. Sus cuentos y poemas aparecen en antologías y revistas. Acaba de publicar *Ojos llenos de arena*, su

primer libro.

Retrotrae luego el eco y Ninguna justicia es más justa

Por Pedro López Fernández

Retrotrae luego el eco

*Los brillos de sal
sobre nuestros cuerpos oscuros
son estrellas
fugaces.
Inti García Santamaría*

Retrotrae luego el eco lo que hacemos en la vida
se apoca el concepto de brazo
cuando nace el de muñón
Tampoco es erróneo (per se)
lo que escapa por los labios de un cerebro trastornado
Estas muestras que hoy te extraigo
tendrán su importancia mañana
(si se hiciese necesaria posterior evaluación)
Si desoyes mi doctrina lo que estás es contra mí
Lo diré solo esta vez
tan solo hablaré de lo visto si me das tu bendición
pero ten siempre presente que si callo es para siempre
Los cerebros trastornados
son espejo muchas veces de los actos de una vida
Ahora que estás contra mí igual te extraigo unas muestras
Si hablamos de brazo amputado
considero más correcto referirnos al muñón
(pero así amputado y todo continúa siendo brazo)



Ninguna justicia es más justa

*Nos agarramos a este dolor deshilachado,
aferramos la nada
con tal de seguir hablando un poco más.
Silvia Belcastro*

Ninguna justicia es más justa
que apiolarte el mismo puente que (sisando de su coste)
una vez partió de ti
//Fuimos dos hasta diciembre//
Cualquier rayo aterrizando sobre parte de algún dúo
lo aminora a la mitad
La mitad superviviente de todo conjunto dual
(la fracción privilegiada no alcanzada por el rayo)
deberá de usar la escoba
Si después viene la lluvia

porteará a los imbornales las cenizas no barridas
Todo rayo tras diciembre repentiza la unidad
Contrajiste matrimonio y ya nunca fuiste el mismo
Si después de lo antes dicho
toca hablar de proporción
con la misma vehemencia con que el rayo es arbitrario
los puentes imparten justicia





Sobre el autor

Pedro López Fernández (Cehegín, 1966) es licenciado en derecho y empleado de banca. Reside en España, en la ciudad murciana de Cehegín. Finalista del Premio de Poesía Ciudad de Barbastro (Hnos. Argensola 2014). Sus poemas aparecen en revistas y espacios literarios como: Monolito, El Humo, El Grito Literario, Cultura Colectiva, Nocturnario y Nagari. Autor de las novelas El magistrado cuernavaca (2014) y Las cenizas de Manhattan (2018) ambas con Editorial Amarante.

La epidemia

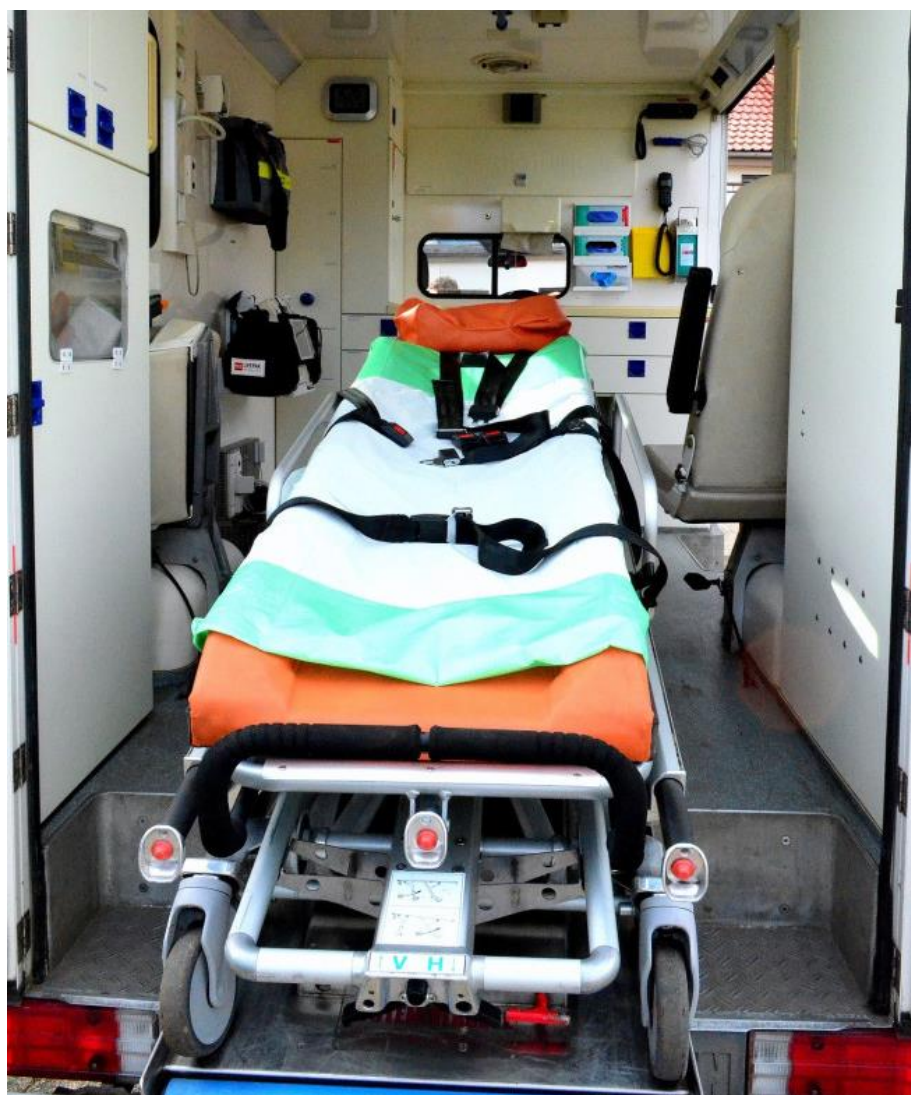
Por Miguel Ángel Acquesta

Este resultó ser un invierno particularmente frío, tal como había acontecido en el hemisferio norte. Ambos, si bien lucían un aspecto saludable, ya pasaban los setenta años, por lo que se habían vacunado contra la gripe como venían haciéndolo en los últimos años. Sin embargo, a partir del mes de julio se fueron incrementando los casos de enfermedad en todos los niveles de edad y en todas las provincias del país. Ocupados por la crisis económica vigente los medios se ocupaban poco del tema. Las noticias no eran muy precisas al respecto, se sabía que se habían producido muchas muertes, no solo en los grupos llamados de riesgo para la enfermedad. En la primera semana de agosto el Ministerio de Salud debió reconocer la situación debido a su gravedad. Las vacunas vigentes no protegían totalmente a la población ya que, al parecer, una nueva cepa de virus se desarrolló ese invierno en el Hemisferio Sur. Ya se hablaba de la gripe PK1, para la cual no había tratamiento ni prevención alguna. Tal como sucedía desde la llegada al Gobierno, unos años atrás, de una nueva agrupación política en base a promesas de cambio, el Estado intervino rápidamente. “Por el bien de la población”, como todo lo que hacían, decretó la vacunación antigripal obligatoria, pese a la evidencia científica de que las vacunas existentes no tenían acción preventiva alguna contra el virus PK1.



Se extendieron quince días más las vacaciones invernales escolares en todos los niveles educativos. Se prohibió toda actividad que generara concentración de personas tanto en lugares cerrados como abiertos. Era obligatorio circular por la vía pública con barbijos, así como denunciar a las autoridades sanitarias todo caso de gripe conocido. En tales casos ambulancias amarillas del Ministerio de Salud o de las Obras Sociales que se habían estatizado, pocos meses antes, concurrían a la casa de los afectados y los retiraban para su pronta y mejor atención. Nadie sabía exactamente dónde internaban a los enfermos. Ningún hospital público ni clínica privada, en vías de estatización como todo el resto del sistema de salud, registraba el ingreso de pacientes con diagnóstico de gripe PK1. Nadie había visto tampoco retornar a su hogar a ninguno de los afectados. Si bien todos se cuidaban de hablar de ello, ya que en los últimos años los medios de comunicación públicos y privados, así como los teléfonos fijos y celulares, “tablets” y computadoras eran controladas permanentemente por un sistema informático del Ministerio de Comunicación Pública, un rumor circulaba boca a boca y hacía referencia a que los enfermos desaparecían. Por ello la mayoría de la población optaba por no denunciar si

alguien contraía la enfermedad en su casa. Dado que la delación de diversas conductas sociales se había hecho un fenómeno común, ya que era premiada con beneficios impositivos o sumas de dinero por el gobierno, tampoco se comentaba la situación con nadie. Sin embargo, era muy difícil escapar al control estatal omnipresente que protegía a la población en todo momento y lugar de cualquier peligro. Todas las farmacias pertenecían a una única cadena, cuyo propietario era el Ministro de Desarrollo Sustentable.



Mediante el estudio diario de los registros informáticos de las ventas se podía saber exactamente dónde, cuándo y quién había comprado algún medicamento que pudiera ser

usado como antigripal. Casi nadie sabía eso en esa época. Ellos, pese a aplicarse la vacuna como todos los años y haber tomado medidas preventivas, hacía una semana que estaban cursando un cuadro gripal que se iba agravando, con fiebre cada vez más alta. Esa mañana del 22 de agosto, él se abrigó mucho y caminó como pudo hasta la farmacia de la cadena, más cercana. Compró antifebriles, jarabe para la tos, un antigripal, gotas nasales y solución fisiológica para hacerse nebulizaciones. Todo quedó registrado pese a que los compró en forma particular y en efectivo ya que como en todas las actividades que se llevaran a cabo debía registrarse el número de CUIT del ciudadano. Al llegar le mostró los medicamentos a ella, que estaba recostada en el sillón del comedor, bien cerca de la estufa grande, la que se permitían excepcionalmente usar de día, pese al costo del gas, por estar enfermos. Sonrieron con la esperanza de mejorarse pronto.



No avisaron a los hijos para no comprometerlos. Podrían ser acusados de complicidad y obstrucción a la acción estatal. Fue a la cocina, preparó té bien caliente para los dos.

Volvió al “living” y tomaron el té, el antigripal y el antifebril. A lo lejos la televisión informaba que el número de casos de enfermos y muertos crecía exponencialmente en todo el país y que además se esperaba una nueva ola de frío polar en la capital a partir de esa noche. Él llevó la bandeja con las tazas vacías y las cucharitas. No lavó nada en ese momento, como solía hacerlo siempre. No le gustaba dejar cosas sucias o camas sin hacer por las dudas de que pasara algo.



Pero recordó que no le había dicho a ella que se cruzó en el “hall” con la vecina del primero a quien vio muy desmejorada, seguramente enferma. De modo que dejó todo en la pileta de la cocina y volvió al “living”. Le comentó el encuentro con la vecina mientras ella tosía insistentemente. Como siempre, se acercó al ventanal. Le gustaba mirar hacia afuera. El tránsito de personas y vehículos, en ese tiempo muy diezmado. Los árboles casi sin hojas de la cortada de enfrente. Los comercios y sus vidrieras poco iluminadas. Ese paisaje cambiante y cotidiano. Frecuentemente, se quedaba largo rato mirando el mundo. Bajó

la vista y justo frente a la puerta del edificio la vio estacionar. Bajaron rápidamente cuatro personas con uniformes amarillos y se dirigieron a la puerta de entrada con dos sillas de ruedas vacías. Se volvió hacia ella que seguía tosiendo y anunció resignado:

“Llegó la ambulancia”.



Sobre el autor

Miguel Ángel Acquesta. Nacido el 2 de junio de 1949 en la ciudad de Buenos Aires. Licenciado en Psicología por la UBA. Se dedicó a la actividad forense y a la docencia y gestión universitaria. Publicó seis libros sobre Psicología del desarrollo y forense, y varios artículos científicos. Retomó la actividad literaria tras su jubilación. Publicó cincuenta y obtuvo un par de premios en concursos literarios en Argentina. Acaba de ganar una Beca del Fondo Nacional de las Artes para escribir una novela

de no ficción sobre la Masacre de Ramallo.

Sueños y Septiembre

Por Consuelo Mar-Justiniano

Sueños

Tengo sueños
tantos sueños de la ausencia
de los vivos
de los muertos
de los conocidos
de los amados
de los que ya olvidé
veo tantas cosas en mi inconsciencia
algunas que no quiero ver y otras que quiero retener
y están allí
a veces calmándome
otras veces atormentándome
en ocasiones quiero despertar porque sé que estoy soñando
y ya no quiero sentir el sufrimiento que me provoca
la amenaza
la muerte
la desaparición completa y absoluta
la nada
pero otras veces no quiero despertar aunque sé que estoy soñando
porque quiero perpetuar la felicidad que me colma
cuando aras mi tierra húmeda
cuando avivas mi llama fatua
cuando tocas mi cielo huérfano
solo entonces encuentro la calma del mar silente

del agua clara
solo entonces logro fugarme de las imágenes confusas
siempre sangrientas
las que se han vuelto premoniciones
a corto o a largo plazo

sin que pueda evitarlo ni precisarlo
y no quiero ver
y no quiero sentir
y no quiero saber
y no quiero soñar
pero otra vez descanso y allí están
están los sueños
los sueños y la ausencia
inevitables.



Septiembre

Septiembre, me debes turbulencias, penas, dudas...
Me debes un duelo, una tumba vacía, un muerto en fuga...

Septiembre, me ganas.
Me ganas la vida en interrogante,
pero me ganas la vida y es un mundo,
una línea infinita, un mar profundo.

Septiembre, me debes una cama fría,
unas manchas negras dibujadas sobre la almohada.

Pero me ganas, septiembre.
Me ganas un corazón ardiente como el infierno,
me ganas una fuerza como de Hércules
y una fiereza de Can Cerbero.

¿Qué recriminarte, septiembre?
Si lo que pierdo lo gano en un justo balance
que aún no comprendo.
Septiembre, me debes más que un corazón cobarde...

¡Qué importa si me ganas versos!



Sobre la autora

La Dra. Consuelo Martínez Justiniano se desempeña como profesora universitaria, bloguera, colaboradora radial, redactora y editora. Tiene un doctorado en Filosofía y Letras con especialidad en Literatura de Puerto Rico y el Caribe del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. Es autora del libro *Soltera con Compromiso* “Guía para criar sin volverse loca” y del poemario *Inconcluso*. S.

Actualmente trabaja en un nuevo libro.

Permíteme Por Anyolina Guzmán

Soledad de amor, hastío,
melancolía de cirios encendidos,
copa llena de vacío,
permíteme llenarte del desencanto mío.



Murmullo silente, de cosas, de gentes,
graznido del ave que vuela del nido
seco sollozo en el desierto perdido
permíteme encontrarte y llevarte conmigo.

Ánima escondida en la noche sin luna,
enredada en telarañas de penas y dudas,
permíteme enredarme en la tela contigo,
y llévame, si puedes, a tu mundo de olvido.



Primavera que llegas, sin flores, sin lluvias,
que pasas sin pasar dejando huellas escondidas;
permíteme que pase en silencio contigo,
y ahogar en tus murmullos mis profundos gemidos.

¿Se te olvidó?

Se te olvidó que de tanto amarte
y de tanto envolverme en tu aliento,
como hoja seca, a punto de quebrarse,
fui arrastrada por un viento recio.



Que de tanto entregarme por completo
en cada abrazo, en cada beso,
con el alma como un libro abierto,
mi más hermoso sueño pereció en tu cuerpo.



Olvidaste que de tanto trocar
tu anhelo en mi anhelo,
tu felicidad en la mía,
mi propia existencia, en la tuya sucumbía.

Se te olvidó que mi todo te entregué,
que nada obtuve a cambio y de amarte me cansé;
y ahora qué...
¿Se te olvidó que te olvidé?



Sobre la autora

Nace en Salcedo, República Dominicana. Años más tarde (1996) se radica en Puerto Rico. En el año 2002 obtiene el grado de bachiller en Comunicaciones (Summa Cum Laude) en la universidad del Turabo y en el 2004 el grado de Maestría en Administración de las Artes. Además de ejercer su oficio de escritora, Guzmán es profesora de español y técnica en el

Laboratorio de Redacción de la Universidad del Turabo. En el 2013 publica su primer poemario *Destellos del alma*. Actualmente realiza estudios doctorales en Filosofía y Letras en el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe.

Cazador de vampiros

Por Juan Pablo Goñi Capurro

A Martiniano nunca le interesó madurar, era feliz en su eterna adolescencia. Pero sus padres, envidiosos según él—podridos de bancar un hijo de cuarenta años cuya actividad más intensa era compartir videos en Whatsapp, según ellos—, lo obligaron a estudiar.

Analizando las ofertas disponibles, Martiniano escogió un curso para convertirse en cazador de vampiros, actividad muy provechosa económicamente —si uno era contratado en Hollywood para una mega producción y tenía un nombre como Wesley Snipes o Hugh Jackman.

El muchacho aprendió mucho en el curso, aprendió que las clases tenían que pagarse por adelantado y que las excursiones prácticas costaban el cuádruple, a lo que debía sumar el equipamiento necesario y la vestimenta. Jamás había imaginado que una cabeza de ajo fuera más cara que una patineta, ni que costara más una estaca de madera que una tienda de campaña con veintiséis estacas metálicas. Cuando colgó el diploma de Cazador de Vampiros en su sala, tras agradecer a sus emocionados padres el crédito solicitado para abonar la matrícula correspondiente, nuestro héroe se sentó a esperar clientes.



Pasados dos meses, su madre se quejó; estaba vieja para llevarle cada día la comida al sillón, ni que hablar de ese asunto de recoger el papagayo y la bacinilla con el contenido de su detritus. Martiniano entendió que precisaba una estrategia de “marketing”; sus padres se negaron a hipotecar la casa para pagar el curso correspondiente, incluso le compraron un teléfono con más definición, sugiriendo que quizá fuera mejor que volviera a dedicarse a los videos.

Ante la firmeza parental, el cazador de vampiros debió salir a la calle. Asomó al atardecer, con un piloto verde de tela quirúrgica que arrastraba al caminar, una ristra de ajos podridos como bufanda, una cruz de papel glasé colgando del cuello y una pata de la mesa del comedor en la mano —la estaca del “kit” del curso se le quebró cuando quiso quitarse tierra de las uñas—. Para ocultar sus uñas mugrientas, llevaba cubiertas las manos por guantes naranjas de látex, robados del fregadero.

A poco de andar, recibió aplausos de la gente que cruzaba. Envalentonado por el reconocimiento popular, supuso que los vampiros asediaban la ciudad; los eliminaría, se convertiría en un superhéroe y por fin sabría cómo era eso de estar con una mujer —el curso correspondiente a la seducción de féminas había sido su primera opción, pero sus católicos padres se negaron a financiar una actividad tan pecaminosa, no se sabe si se referían a la sexualidad o al desperdicio de dinero en un curso que jamás aprobaría.



Por señas, inquirió a sus admiradores la dirección a la cual dirigirse para su consagración. Siguiendo las manos extendidas, acabó en una calle ancha, donde un grupo de jóvenes mujeres bailaban al son de tambores, desprovistas casi de ropas. Al verlo, las chicas alzaron los brazos y corrieron hacia él, entre risas, rodeándolo con sus caderas sinuosas. La excitación fue tan fuerte que Martiniano se encontró con la multiplicación de sus estacas, duplicación para ser precisos.

En plena danza, por sobre las cabezas de las jóvenes, entre la multitud que se agolpaba junto al cordón de la vereda, Martiniano divisó al enemigo. Era tal cual lo describían en el manual: rostro pálido, capa negra y unos colmillos que sobresalían de su boca. Se felicitó, sin el curso nunca lo hubiera identificado; ¿dijimos que no era muy listo?

El cazador de vampiros diplomado en las Academias de Sur por Correspondencia, sacó el susodicho diploma de entre sus ropas —primero había sacado pecho, pero al ver que no podía competir con las bailarinas que lo rodeaban, optó por el papel, aprovechando que las chicas no tenían de dónde sacar algo tan voluminoso—, besó la cruz, que se derritió un poco con la saliva, y alzó con la otra mano la pata de la mesa.

El público reforzó los aplausos, una mujer se lanzó a la calle alzando sus brazos —era su madre, precisaban la pata para que no se cayeran los tallarines de la mesa inclinada—, y Martiniano lanzó un aullido. El aullido correspondía a un fascículo del curso de Matadores de Hombres Lobos, enviado por error, pero nuestro héroe nunca se percató de la confusión. Tras un nuevo ulular de la muchedumbre, avizorando que su madre se le acercaba, temiendo que fuera a reclamarle los ajos para el tuco, Martiniano se lanzó tras el vampiro.

Ante la platea estupefacta, atacó al hombre de los colmillos con la pata de la mesa. Intentó clavársela en el pecho pero rebotó, no tenía punta. El vampiro contraatacó lanzándole un golpe de puño, rajando la capa de tela quirúrgica; la del chupasangre,

negra, se había enredado al girar. Los movimientos confusos acabaron con ambos en el piso; Martiniano se levantó vencedor. El vampiro se había ahogado con los ajos podridos. El héroe recogió la pata de la mesa; cuando la alzaba para intentar clavársela otra vez al enemigo, su madre se la quitó, y, ya que estaba, le dio con ella en la cabeza para que aprendiera a pedir permiso —esa lección materna era gratuita.



Conmocionado, cuando los policías se le acercaron, Martiniano se arrojó en sus brazos, creyendo que eran la protección contra el asedio de sus “fans”, procedimiento recomendado en el capítulo «Cómo protegerse de la fama», que tampoco pertenecía al curso, pero que no le había llegado por error, sino para engrosar la duración y el correspondiente cobro de las clases.

Recién a la mañana siguiente estuvo en condiciones de comprender qué sucedía. Un agente le pasó un diario por entre los barrotes; vio su cara en portada, seguida de un

titular en letras de molde —molde de bizcochitos, pero molde—. Se dejó caer en el camastro, superadas sus expectativas. Era famoso. La prensa hasta le había puesto un nombre: «el asesino del corso».



Sobre el autor

Juan Pablo Goñi Capurro es un escritor, autor y dramaturgo argentino nacido en 1966. Publicó: “La mano” y “A la vuelta del bar” 2017; “Bollos de papel” 2016; “La puerta de Sierras Bayas”, USA 2014. “Mercancía sin retorno”, La Verónica Cartonera. “Alejandra” y “Amores, utopías y turbulencias”, 2002. Premio Novela Corta “La verónica Cartonera” (España), 2015. Colaborador en Solo novela negra (relatos).

La bicicleta del milenio

Por Daniel Canals Flores

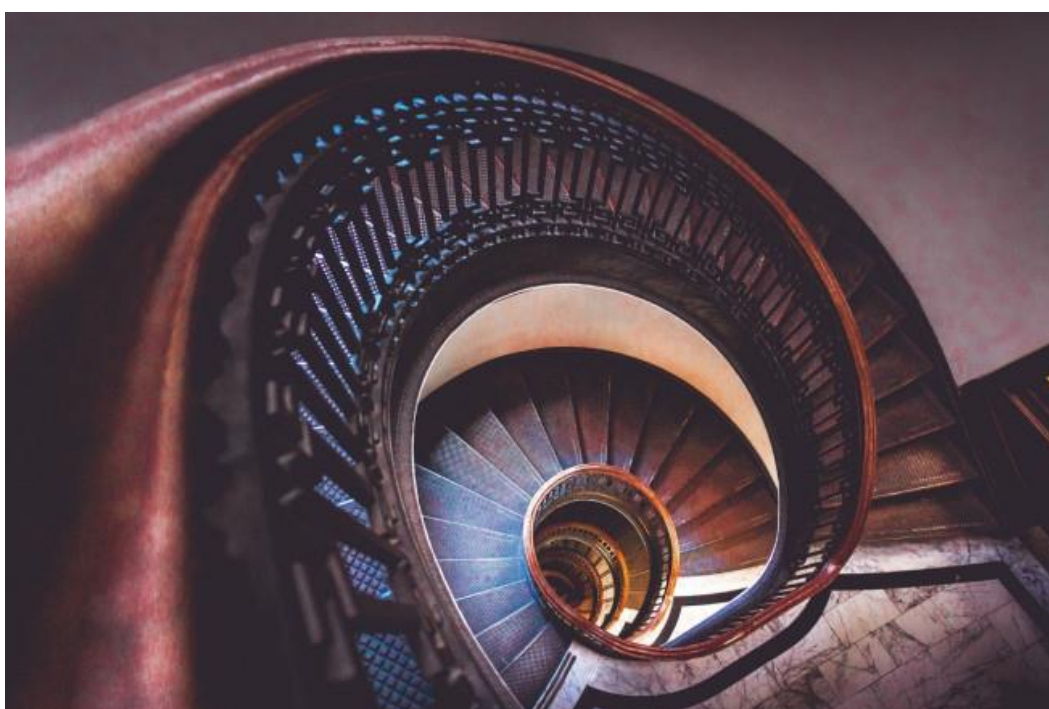
Tras ingerir dos sedantes impregnados con LSD, marcados como “La Bicicleta del Milenio” empecé el viaje mental más extraordinario de toda mi vida. Tumbado en un sofá, con una lamparilla encendida, Rusky el perro de mi hermano fue mi guía y más tarde comprenderéis por qué.

Tras cerrar los ojos que ya no volvería a abrir hasta el amanecer, al principio todo mi cuerpo adquirió una fría rigidez y pude contemplar a la misma muerte flotando incorpórea sobre mí. Es una calavera cubierta de harapos flotantes de color blanquecino, muy etérea.



En un primer pensamiento llegué a la conclusión que había llegado mi hora, pero observando su comportamiento me percaté de dos cosas, no me miraba directamente a los ojos y no llevaba su guadaña. Solo había venido a mostrarse, a ver qué se cocía y tras quedarse a escasos centímetros de mí, desapareció fugazmente. De repente aparecí al pie de una singular escalera circular (de caracol) como las de la Sagrada Familia de Gaudí, pero en vez de ser de piedra cada uno de los escalones era una gema tallada en bloque. Un escalón era de rubí, otro de diamante, esmeralda y así sucesivamente.

Empecé a subir la escalera y al llegar a la parte superior me encontré un umbral dorado bellamente ornamentado. Al atravesarlo, pude observar una escena panorámica del río Ganges, en la India, al atardecer y era la hora de los muertos. El sol caía lentamente a un lado mientras una procesión descendía por la derecha del río transportando un difunto. De fondo se oían cánticos rítmicos acompañados, como un rumoreo, y una suave brisa que notaba en mi cara, mecía toda la escena. Puedo jurar que estuve allí sin estarlo, pero las sensaciones no eran solo visuales, eran casi completas, a excepción de los olores. El color, las formas, el sonido, el ligero calor del sol al atardecer y la brisa eran totalmente perceptibles.



En ese punto, se produjo una inflexión. Algo en mi mente me decía que yo mismo podía generar y visitar la situación o el lugar que yo quisiera ya que podía actuar como una especie de arquitecto, solo tenía que elegir.

Realmente era como tener un súper poder, así que decidí probarlo y quise estar en el *Espacio*. Pensado y hecho, ahí estaba flotando ingrávido en algún punto ignorado del Universo. Sé que parece difícil de creer, pero otra vez las sensaciones eran de lo más completas. Sentía mi cuerpo allí y sin necesidad de respirar nada. Pude observar galaxias desconocidas y multitud de estrellas y planetas como si los tuviera al lado, así como un sinfín de puntos brillantes que me envolvían por todas las direcciones. Se estaba bien allí, os lo aseguro.

En la Tierra real y no la mía mental, Rusky al verme tanto rato tumbado y sin moverme, decidió lamerme la mano que yo mantenía extendida. Creo que esos lametones esporádicos fueron los que lograron mantener el hilo de unión cuerpo-mente-realidad y evitar que me perdiera en mi propio subconsciente en cualquier momento.

Tras un cierto tiempo, decidí (supongo que aquí podríamos discutir si tipo arquitecto, o tipo Dios) cambiar el escenario y creé la situación de la propia Tierra en su origen primigenio.

Sin animales ni plantas, todo era piedras, rocas y agua. Pude respirar, esta vez sí, esa atmósfera inicial y oír el suave movimiento del agua. Había, también, una ligera niebla húmeda que impedía ver algún horizonte a lo lejos. Todo era paz y quietud excepto el agua, que producía un ligero murmullo al chocar las suaves olas contra la orilla de piedras. No había mucho más para inspeccionar allí, aunque después de esa experiencia, me consideré la única persona de este Universo que ha podido vivir y sentir ese escenario concreto. No vi a nadie más por allí.



Tocaba algo más sofisticado, así que la siguiente y última creación fue la de una playa tropical, con una frondosa jungla que casi devoraba la escasa playa de arena. El tiempo era muy húmedo, llovía abundantemente, lo que provocaba una explosión del verdor de todas las plantas de la jungla. Sobre todo, destacaban unas grandes hojas del doble del tamaño de una persona. En medio de la frontera entre la playa y la jungla, había una casa de troncos construida encima de unos fuertes pilares de madera. El color de los pilares y de la casa era del mismo marrón oscuro y parecía bastante impermeable.

Aunque bastante más completa, de esta escena no recuerdo mucho más. En el exterior de donde me hallaba, había amanecido. Percibí un fuerte olor a café, mi hermano y Jordi parloteaban en la cocina y Rusky ladraba alegremente.



Sobre el autor

Daniel Canals Flores es escritor aficionado. A sus 46 años inició su carrera sin ninguna experiencia previa. Le gusta escribir poemas, relatos cortos y microcuentos, inspirados por lecturas de Charles Bukowski o Kerouac. Su primera novela corta, auto publicada, se titula “Divorcio diferido”.

La victoria de teresa Por la Dra. Leticia Pimentel Ríos

*Todo es menester
para pasar esta vida
no se espante*

Después de cinco horas
de gran contemplación
Santa Teresa de Ávila
abrió su corazón
en triste constricción.

¡Qué dolor le causaba
la gran Inquisición
que acusaba llevarla
al Tribunal de “Dios”
sin pena ni temor!

Ni hablar o leer podía
en el sobrio oratorio
donde experimentara
tantas horas de amor
dialogando con Dios,
en medio de su angustia
y gran desolación.



Desgarrada de angustia
su alma solitaria
pide al cielo clemencia
pide al cielo perdón.
Y de inmediato escucha
la voz del gran Amado
que le dice pequeña:
“A tu lado Yo voy”

Se deleita en la pena
sabrosa, deleitosa
pasa su vida sola
y agoniza de amor.
Le prohíben que lea
libros espirituales
que arrebatan su alma
hasta al Supremo Creador.
Desconoce aquel código
del gran oscurantismo
los verbos, los adverbios,
le causan confusión.
Aquellos que los doctos
como los superiores
manejan con destreza
en el claustro de honor.

Código que los niños
y los hombres muy ricos
y otros muy desgraciados

saben articular.

Distancian a las hembras
de los machos mejores
cargados de prejuicios
y orgullo intelectual.
Le retiran sus libros,
-linternas interiores-
que alumbraron sus horas
en su peregrinar.

El latín no domina
la joven religiosa,
y siente que su báculo
retiran sin piedad.
Y en medio del silencio
la voz de Dios escucha
que le dice: “Teresa
te daré un libro nuevo
no hay penas que llorar”.

Baltasar Álvarez, Padre,
enloquecía ante ella,
leyó cientos de libros
para poder llegar
al corazón de aquella
que sufría en la celda
porque le habían robado
mil minutos de paz.

La mujer delicada
sufre una guerra intensa
y cree que es el demonio
que la quiere tomar.

El Clero no comprende
y quiere desterrarla;
alejara de aquéllos
que la admiran aún más.

Teresa no anda sola
y como la Sor Juana
confía en que su Cristo
-en su gran tempestad-
se mantendrá a su lado
calmando así los vientos
como antes lo hiciera
al hablarle a la mar;
como el enamorado
de aquella sulamita
que Salomón amara
hasta la saciedad.

¡Dice que ha visto a Cristo
y que Este la acompaña!
Que no es una visión loca
sino una gran realidad
la que su alma percibe,
a través de la lengua
que ilumina su andar.

Afirma que no puede
desistir de la idea
que Éste la acompaña
por doquiera que va.
Y arrebatada baila
ignorando consejos
de viejos superiores
que confundidos van.

La monjita andariega canta y baila
pregonando a los vientos,
-en su hábito viejo-
forrado de remiendos,
que su alma reposa
de dicha y bienestar.

Valiente y contumaz,
escribe bellos versos
en su discurso eterno,
de amor y miedos, sombras
de luchas sin remedios,
de angustias y pobrezas,
en su hondo batallar.

¡Enfermó de repente!
Sus brazos se agotaron.
y fue elegida Piora
de gran autoridad
-en San José de Ávila-

donde tanto sufriera
el invierno familiar
sin amigos, sin más.

Terminó así el destierro.

La mística andariega
-española de Dios-
dejando atrás su rueca,
oficios religiosos,
y aquel oscurantismo
del siglo en que escribió
El Libro de su vida
-amor hecho poesía-
de corte autobiográfico,
que a cientos agradó.

Y al igual que el Hipona,
hizo en sus Confesiones
el libro teresiano
despertó las conciencias
de los viejos patronos,
subiendo hasta los cielos
en el lóbrego Monasterio
llamado Encarnación.



Sobre la autora

Leticia Pimentel Ríos nació en Santurce, Puerto Rico. Es una profesora puertorriqueña que ha dedicado su vida al estudio de las artes liberales: Humanidades, Lengua, Psicología, Comunicación, Historia, entre otros. Obtuvo su Maestría en Estudios Hispánicos en la Universidad Interamericana de Puerto Rico; estudios sobre La Proyección de España en América, y su Doctorado con la tesis basada en la vida y obra de Guillermo

Núñez: De lo personal y lo socio-lógico: La poesía de Guillermo Núñez, en la Universidad de Sevilla, España

Letras Inéditas

Aura: un breve recorrido por la simbología animal

Por Julissa Ayala Quiñones

Carlos Fuentes, ganador del premio Cervantes en Literatura, se considera uno de los escritores mexicanos más importantes de su país. Con sus técnicas vanguardistas formó parte del “boom” de la novela hispanoamericana de los años 60, y se le reconoce por su indagación sobre la historia y la identidad mexicana que se ve presente como tema recurrente en sus escritos. Entre sus piezas literarias más reconocidas se encuentran: *La región más transparente*(1958), *La muerte de Artemio Cruz* (1962), y *Aura* (1962). Esta última es una de las mejores en la narrativa mexicana del siglo XX.



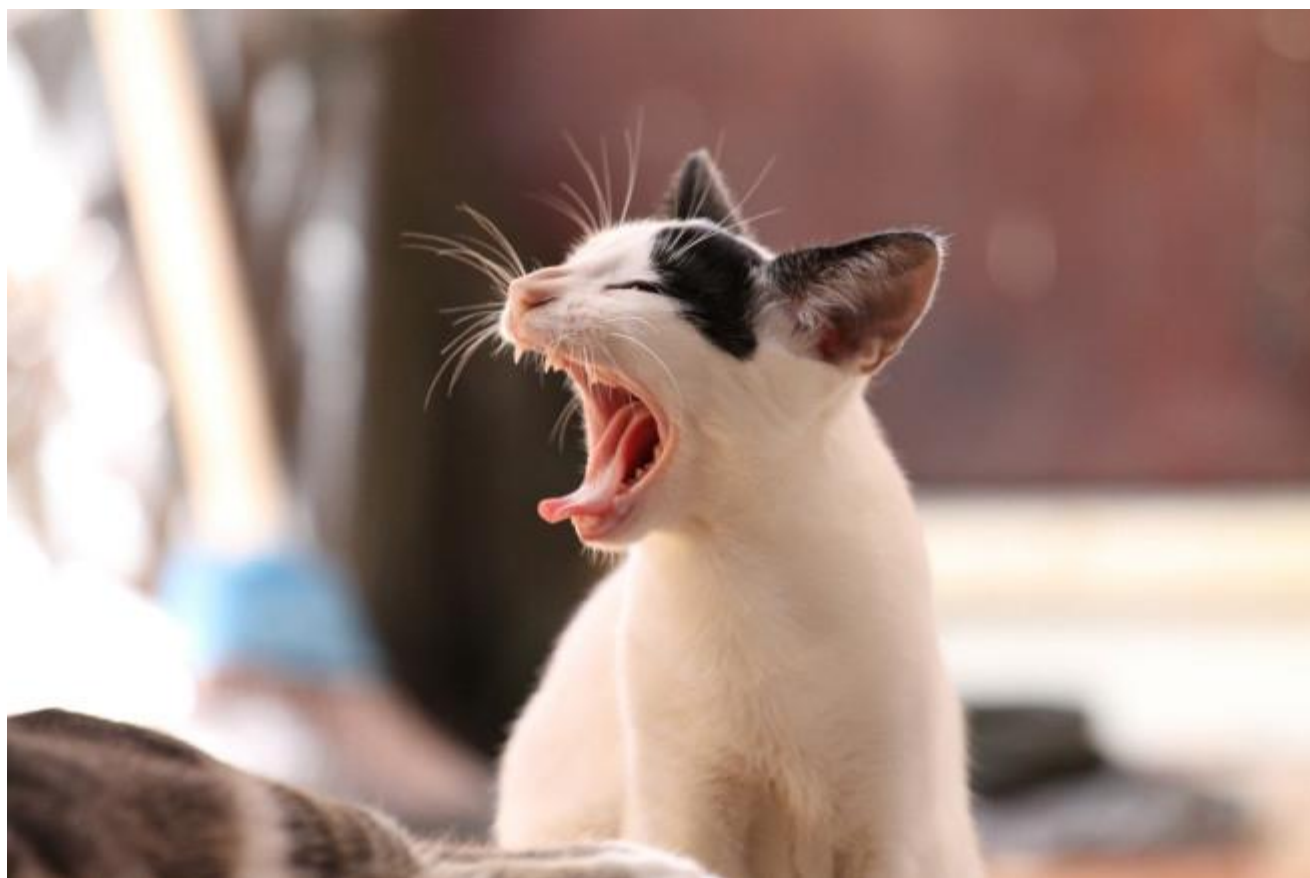
En esta novela conocemos a Felipe Montero, un historiador joven que es contratado por la señora Consuelo para leer, organizar y completar las memorias de su difunto esposo, el general Llorente, de modo que puedan ser publicadas. La novela transcurre alrededor de la peculiar relación de Aura y su tía de 109 años, y los cuestionamientos de Felipe sobre las extrañas ocurrencias dentro de la casa. Eventualmente, Felipe se enamora de Aura y, pensando que es prisionera de Consuelo, desencadena la revelación final de la pieza.



Aura es una historia en la cual el amor tiene la capacidad de traspasar el tiempo y la realidad. El misterio llena los días de Felipe, contando los minutos con maullidos de gato, campanadas y el timbre de voz que sale de la silueta de Aura, la de los ojos verdes. Aceptar el trabajo en la casa de la señora Consuelo es una decisión que le costará a Felipe la percepción de su vida.

Uno de los aspectos que logra que esta novela corta sea tan provocadora es su narrador en segunda persona en tiempo presente, logrando la sensación de que Felipe y el lector son uno. De modo que el narrador te involucra en el desarrollo de la historia, manteniendo tu atención con verbos en presente que dan la sensación de ver el futuro. Además, el llamado a la fantasía logra que el lector cuestione constantemente y se intrigue por los sucesos dentro del hogar de la señora Consuelo. Muchas de las descripciones narradas, observadas por Felipe (el lector), son pistas que señalan al tipo de ceremonias

y creencias que ejerce la anciana. La mayoría de estos símbolos son animales: la coneja, los gatos, el macho cabrío y el perro.

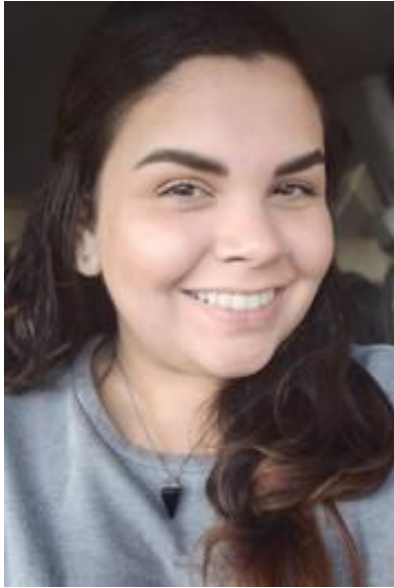


La señora Consuelo tiene una coneja en su cama de nombre Saga. La simbología del conejo es asociada a la fertilidad y a la magia, pero cambia según la perspectiva cultural. En el taoísmo, el conejo muere para renacer, representando así la inmortalidad. A su vez, el signo del conejo en la astrología china representa la longevidad. También se da el caso de su asociación con el tiempo, gracias a la famosa novela *Alicia en el País de las Maravillas* de Lewis Carroll. Además, el nombre Saga implica la continuidad de una historia. Por tanto, concluyo que la coneja enfatiza el paso del tiempo y la renovación del ser, algo que ata con la finalidad de la historia.



El gato existe en el mundo de *Aura* como un símbolo ambivalente, ya que puede significar el protector de la casa, tanto como la hechicería. Igualmente, el macho cabrío simboliza el ritual y el sacrificio a cambio de algo, en este caso por la juventud. El perro, mencionado brevemente en la manija de la puerta de la señora Consuelo y cuyo significado usualmente es de guardián entre el mundo de los muertos y los vivos, representa en *Aura* la transición de Felipe del mundo real al mundo mágico de Consuelo.

Todos los animales de la novela fueron escogidos meticulosamente por Fuentes para resaltar la trama de la historia. Este aspecto destaca el genio del escritor que recurre a estos detalles simbólicos para fortificar el carácter de su escrito. Es una de las muchas razones por la que esta lectura, aunque corta, es muy inquietante. Les invito a disfrutar de esta narración que está centrada en la ilusión que el tiempo genera en nosotros.



Sobre la autora

Julissa Ayala Quiñones nació un 5 de mayo en Yauco, Puerto Rico. Tiene un bachillerato en Humanidades con concentración en Teatro y énfasis en Historia, Literatura y Teoría Dramática de la Universidad de Puerto Rico, recinto de Río Piedras. Es fundadora y presidenta de la organización estudiantil teatral: *Espacio vacío* de la Universidad Metropolitana en Bayamón. Trabaja arduamente para promover el arte como herramienta de sanación y liberación accesible para todos.

Terrores nocturnos

Por Rubén Ruz Anton

Alguien escribió una vez que la realidad puede llegar a ser más aterradora que la ficción y razón no le faltaba. Voy a mostrarte un caso totalmente real que parece fruto de una de esas historias de terror que tanto están de moda. Cuidado, porque puede pasarte a ti. O quizás ya te ha pasado.

Quiero que hagas un ejercicio mental y te imagines en la comodidad de tu hogar, seguro en tu habitación, en ese momento del día en el que te preparas para acostarte en tu cama. Cuando abandonas la seguridad y rutina de los quehaceres diarios y te quedas por la noche solo con los pensamientos típicos que le asaltan a uno antes de apagar las luces y rendirse al sueño.



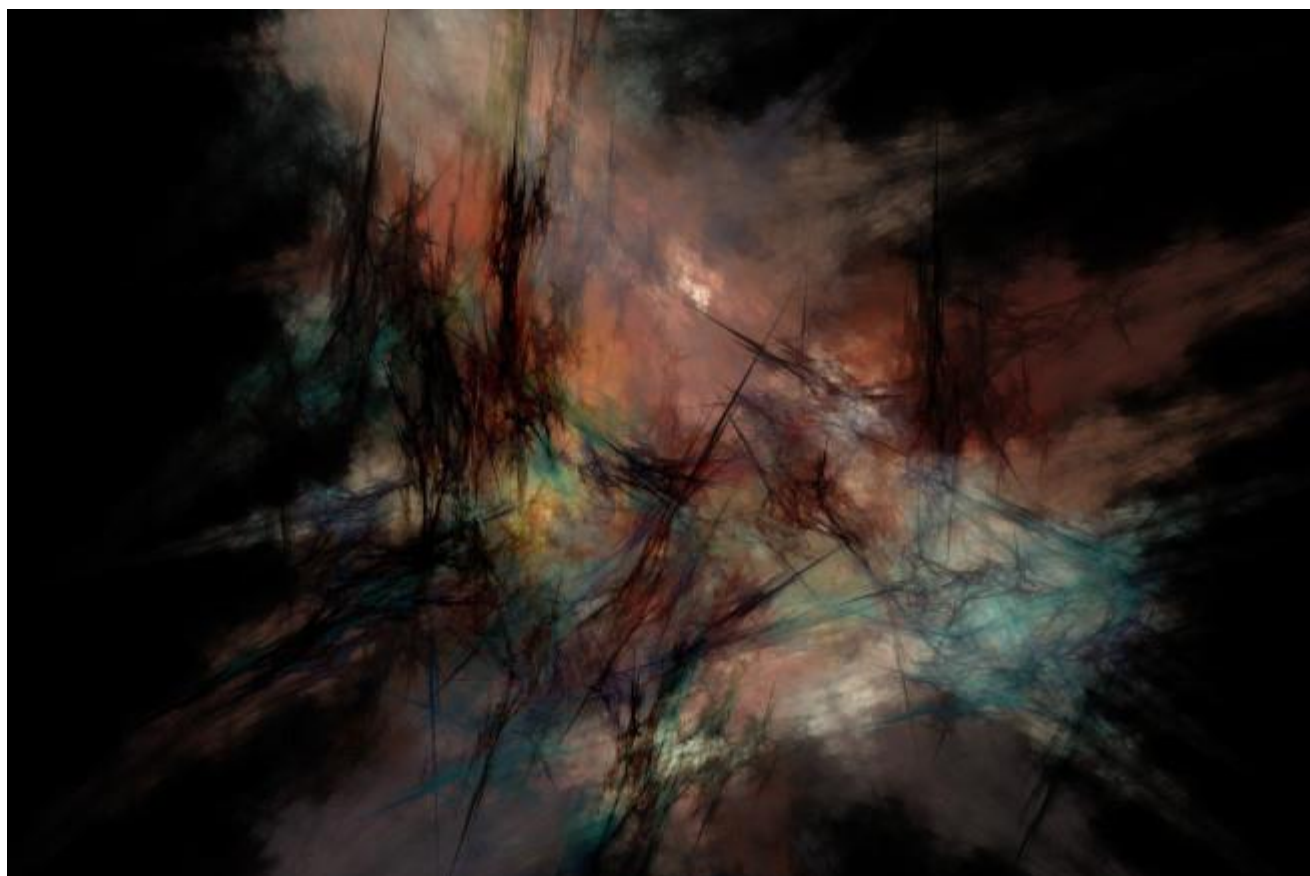
Quizás y solo quizás alguna vez te haya pasado que creíste escuchar unos susurros, unas pequeñas voces aumentando de volumen que sabes que solo son parte de tu imaginación, palabras sin sentido que no puedes interpretar ni comprender pero que sientes que están relacionadas con algo a lo que no puedes dar nombre. Otras veces la noche no se queda solo en una alucinación auditiva, puede que lo asocies al estrés o quizás lo asocies a que la mente ha volado demasiado rápido y ha comenzado a jugarte malas pasadas, pues parece como que al abrir los ojos en la oscuridad de la noche te ha parecido vislumbrar algún tipo de movimiento por los extremos de tu campo de visión, pero sabes que estás solo en la habitación. ¿Verdad?

¿Y no te ha pasado que a veces cuando te has desvelado por la noche a causa de lo anteriormente mencionado o quizás por el estrés y los nervios que acarrea la vida diaria que te hace dar vueltas en la cama sin poder dormir, parece que las sombras de la habitación se hacen más largas conforme pasa el tiempo y no puedes evitar pensar que se te están acercando como si tuvieran voluntad propia? En este punto es probable que notes una opresión en el pecho, que te está faltando el aire y algo te impide respirar, no puedes girarte a izquierda ni a derecha, te sientes como si estuvieras paralizado mientras esa opresión aumenta y las sombras se hacen aún más largas, alcanzando por fin tu cama y subiendo por las sábanas...



Y es entonces cuando lo ves, en toda su majestuosidad oscura: Una sombra está sobre ti, una sombra que te oprime el pecho, que no te deja respirar ni moverte, una sombra que te ha sentenciado al terror más puro, el que siente cualquier niño ante un solitario pasillo infinito de una fría casa a oscuras, ante el monstruo que se oculta bajo la cama, el terror inexplicable que todos sentimos hacia la oscuridad, desde la infancia, y que aparece cuando se van las luces y la música, ese terror instintivo que te hace querer gritar, cuando de repente, te das cuenta de que no puedes hacerlo porque ese mismo terror sin rostro te tiene inmovilizado. Pero entonces algo pasa, tras todo ese torbellino de sensaciones y calvario de estar a merced de un terror sin forma ni nombre, con el característico olvido que acompaña al amanecer después de una noche de pesadillas probablemente te despiertes sudado recordando fragmentos que irán desapareciendo de tu memoria hasta

que lo único que recuerdes sea la opresión en el pecho y una sensación de horror inexplicable.



Lo que te sorprenderá de todo esto es que eso que te ha ocurrido no solo te ha pasado a ti, sino a una cantidad inmensa de gente en todo el mundo. Una búsqueda en Internet te revelará los testimonios incontables de gente que atestiguan lo mismo, con explicaciones que culpan al diablo o se refugian en la ciencia como una luz que les salve de la próxima visita de la sombra, porque la tragedia es que inevitablemente sabes que volverá a ocurrir y da igual lo a salvo que creas estar a plena luz del día, porque ante la idea de su retorno, un escalofrío recorrerá tu espalda y seguirás preguntándote por el origen de tan extraño fenómeno. La mayoría de la gente coincide en llamar a esto “Parálisis del sueño” y el que no se pongan de acuerdo en su naturaleza corrobora que la palabra sobrenatural solo es un eufemismo para algo preternatural: Algo que sabemos que ocurre, pero que como no lo comprendemos creemos que no es natural.



Sobre el autor

Rubén Ruz Antón tiene 34 años, de los cuales 29 los vivió en España hasta que emigró a Irlanda donde vivió 3 años. Actualmente lleva dos años y medio viviendo en Puerto Rico y compagina sus estudios con el trabajo a tiempo parcial en la Guardia Nacional de Puerto Rico.